AVENTURAS DE Jim TEXAS



EL MONSTRUO ATACA

POR FIDEL PRADO

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA

EL MONSTRUO ATACA



CAPÍTULO PRIMERO

EL MONSTRUO REACCIONA


LIVER ZENKER abandonó Carson City rabioso y humillado al saberse vencido una vez más por su implacable enemigo el capitán Jim Texas. Había jugado una partida formidable en la que llevaba toda la ventaja hasta el último momento, pero su enemigo en una jugada magistral, había desbaratado todo el tablero arrasando los peones y exponiéndose a sufrir un jaque mate en el que tuvo la vida en un hilo. Pero en medio de su derrota, se iba con el consuelo de creer que algo había quedado entre sus garras. Suponía a Vera agonizando enterrada en vida en aquella apartada cueva de las afueras y con ella, a su propio hijo que estaba constituyendo un estorbo para su porvenir.

Cierto que Jim vivía y Daphne también, pero ahora sólo tendría que luchar contra Texas, libre del peligro que suponía para él la agresividad traicionera de la que tan fugazmente fue su mujer.

Ahora sólo debía preocuparse de localizar a Spack. Si lo lograba, haría creer a éste que Vera había muerto a manos de Texas, avivando el odio que el financiero sentía por su enemigo y le manejaría a su gusto para conseguir el triunfo final. Después... también tenía que desaparecer el millonario, pero no antes de que

toda su fortuna fuese a parar a sus manos.

Zenker huyó a caballo cuanto el noble animal resistió y más tarde, cuando cruzó la divisoria y se encontró en terreno mormón, tomó un tren hasta la ciudad del Lago Salado y ya allí, buscó la combinación para regresar a Washington.

Hacía tiempo que no descansaba alejado del Oeste y necesitaba no solo aplacar sus nervios, sino cuidarse un poco de sus negocios, reunir dinero de forma que en caso de peligro pudiese disponer de él sin intervenciones peligrosas y desde allí, intentar alguna gestión que le pusiese en comunicación con el padre de Vera, pues mientras este anduviese perdido de su control, se exponía a contratiempos muy desagradables.

Por fin, un día llegó a la capital del Estado y como su antigua casita de la orilla del río había sido intervenida y no le era grato denunciar su presencia, se cuidó de aislarse en otra donde elementos afectos a él le brindarían siempre protección y refugio.

Procurando pasar desapercibido, se dirigió a una modesta casa de los arrabales de la ciudad, situada al otro lado del puente que cruza el Annacostia. Más parecía un chalet que una casa y en él, habitaba un antiguo pistolero que por haber recibido un tiro en una pierna durante una acción encomendada por Spack, este le había regalado la casa y, solamente le empleaba en trabajos secundarios de espionaje para sus sucios negocios.

Zenker por su parte, le pasaba una pequeña pensión y también usaba de sus servicios, sobre todo teniendo en cuenta que el chalet era un refugio ideal para casos de peligro.

Era al atardecer, cuando llamó a la verja de la casita y el pistolero que salió a abrirle, se mostró muy sorprendido de su visita.

—¡Oh, señor Zenker! —comentó—. ¡Qué sorpresa verle por aquí de nuevo! Creíamos que andaban ustedes perdidos en negocios allá por el Oeste.

—Así es, Slink, por allí andamos, pero he tenido que venir a resolver algunos asuntos y seguramente me quedaré aquí unos días.

—¿No hay novedad alguna?

El ex pistolero guiñó un ojo y afirmó:

—Nada de grandes cosas; únicamente que Jack ha estado aquí ya tres veces preguntando por usted.

Zenker se envaró al oírle. Jack era el hombre de confianza que había intervenido más eficazmente en el rescate del financiero y para él era una gratísima noticia poder ponerse en comunicación con tal elemento.

—¿Dónde diablos para Jack? ¿No lo sabes?

—Sí, señor Zenker. Las tres veces que ha venido, dijo que estaba loco de buscarle sin dar con usted y advirtió que si tenía alguna noticia se la comunicase. Para en «La Perla del Potomac», en Annapolis, cerca de aquí.

Annapolis era un pueblecito al otro lado del puente, que casi podía considerársele unido a la capital y Zenker, terriblemente animado al recibir el informe, dijo:

—Está bien, Slink. Yo iré a verle. Prepárame habitación, pues me quedaré aquí unos días.

Sacó de la cartera varios billetes de cien dólares que le entregó, añadiendo:

—Búscame una ropa modesta que esté a tono con el lugar donde voy a visitar a Jack. No quiero llamar la atención.

—Muy bien. Dentro de un par de horas la tendrá usted.

Zenker se lavó, se afeitó, comió algunas viandas, pues sentía un apetito devorador y poco después el ex pistolero regresaba con un traje modesto de artesano, que cuando se lo puso le dejó satisfecho.

Podía pasar por un modesto empleado de oficina y ayudado por un bigote exótico que se había confeccionado al rasurar sus crecidas barbas, estaba seguro de no ser reconocido.

Ya bien avanzada la noche se encaminó al adyacente poblado en busca de la taberna. Ésta no parecía un antro sospechoso y esperaba que nada peligroso se produjese en ella.

Jack no se encontraba en el establecimiento y Zenker hubo de armarse de paciencia esperando la llegada de su satélite.

Por fin, mediada la noche, el llamado Jack apareció en la taberna y a pesar de que examinó atentamente a los asiduos, no reconoció a primera vista al osado secretario.

Éste le hizo una seña expresiva y fue entonces cuando se dio cuenta de quién era.

Se acercó con aire despreocupado, sentándose junto a su mesa. Zenker, en voz baja, preguntó:

—¿Dónde podemos hablar sin testigos?

—Pues… podemos dar un paseo por la orilla del río. Es lo más seguro.

—En este caso, te espero fuera.

Salió por delante y poco después se le unía el rufián.

Éste, muy extrañado, exclamó:

—¿Dónde diablos ha andado usted metido, que no le he podido localizar? Estuve en Reno, donde perdí su pista y ya no he sabido qué hacer para localizarle.

—Tuve que hacer cosas muy importantes, Jack. No me fue posible ponerme en comunicación contigo y por eso vine aquí. ¿Dónde está el jefe?

—Supongo que si no se ha cansado de esperar, esté en Boise en Idaho.

—¿Tan largo de aquí?

—Sí, después de una terrible odisea para escapar de aquel maldito rancho en una noche de tormenta como no vi otra en mi vida, pasamos a Oregón, donde estuvimos esperando noticias. Envié a Reno varios telegramas que no tuvieron contestación y entonces decidimos bajar para el Sur.

En Boise, el señor Spack se puso bastante enfermo y alquiló una casita, reponiéndose bastante. Yo, entonces, le propuse que se quedara allí para restablecerse, mientras trataba de buscarle a usted. Le prometí darle noticias y él me prometió esperar allí y caso de no ser así, dejar indicación del lugar dónde podría encontrársele.

—¿Hace mucho que no sabes de él?

—Hace seis días le telegrafié diciéndole que no había conseguido nada. Él me envió un despacho diciendo que si no lograba algo en una semana, se pondría a trabajar para encontrarle, pues estaba ya bien y aburrido. No puedo decirle más.

—Dame sus señas.

El pistolero se las dio y Zenker, lleno de impaciencia, dijo:

—Voy a telegrafiarle en tu nombre, diciéndole que me has encontrado y que me espere. Tú, entre tanto, dedícate a tener preparados unos cuantos hombres escogidos. Fíjate bien en la clase de gente que eliges, pues necesito hombres desesperados. Estoy harto de operar con gente floja y tengo que dar la batalla decisiva. Cuando los necesite, yo te avisaré.

—Bien, patrón. Quiero decirle que llevo mucho tiempo gastando

dinero sin recibir nada y que estoy sin un centavo. Aparte esto, para tener sujeta a la gente hay que «darle grasa», ¿me entiende?

—Te entiendo. Toma.

Le entregó un puñado de billetes, diciendo:

—Me has servido bien y espero que me sirvas mejor la próxima vez. Entonces la recompensa será grande.

—Bueno, pues ya estoy deseando empezar a ganármela.

Zenker volvió a la capital apresuradamente y se dirigió a Telégrafos, donde cursó un despacho que decía:

«Encontré al amigo que buscaba. Está bien. Le ruega espere ahí pues sale para esa. Saludos.

Jack».

Aquella noche nada podía hacer ya. Tenía que arreglar asuntos urgentes y tomaría el tren al día siguiente para marchar en busca del financiero.

Mientras, tenía que urdir una historia verosímil para justificar la muerte de Vera y cargar la culpa a Texas. Esto era elemental, si quería que el resto se desarrollase a medida de sus deseos.

Al día siguiente extrajo una importante cantidad de dinero de una cuenta corriente que tenía abierta con nombre supuesto y ya con nuevos fondos para comprar conciencias y revólveres, tomó, billete para el tren de la noche y poco antes volvió a entrevistarse con el pistolero, a quien debía dar órdenes para el futuro.

Jack le mostró un telegrama que acababa de recibir. Estaba firmado por Spack, aunque sólo empleaba la inicial del apellido y decía esperar ansioso la llegada del amigo citado en el telegrama anterior.

Ya tranquilo respecto al paradero del financiero, dijo:

—Escucha, Jack, estate atento a mis órdenes. Te voy a entregar más dinero para que te traslades con tu gente a Nevada City. Aquel es un lugar muy concurrido y podéis pasar desapercibidos. ¿Cuántos hombres tendrás listos?

—¿Basta con una docena?

—De momento, sí. Allí quizá encuentres «amigos» que puedan ser útiles si hace falta aumentar el número. Fíjate bien en esto. Allí hay un garito que se llama «La Flor Silvestre», el dueño es amigo mío. Cuando llegues allí, preséntate a él, dile que te envío a que me esperes y que posiblemente le enviaré algún aviso para que te lo entregue. Así sabré dónde estáis y en cualquier momento que necesite vuestros servicios encontraros.

Le entregó el dinero ofrecido y regresó, a la casita de la orilla del río.

Por la tarde se había procurado un severo traje negro, que debía servirle para guardar luto a Vera. Debía llevar bien estudiada toda su comedia si quería salir airoso y sin sospechas de la prueba.

Ya con todo preparado, montó en el tren y varios días más tarde llegaba a Boise.

Se dirigió directamente a la casita alquilada por el financiero para reponerse de una crisis nerviosa muy aguda que había padecido a raíz de su fantástica fuga del rancho de Texas. Los días de prisión, la angustia sufrida por el posible final que creía aguardarle y la zozobra al no saber después una palabra de Zenker y de su hija Vera, habían trastornado sus nervios y durante muchos días, se vio obligado a guardar cama.

La casita estaba rodeada por una verja de hierro y poseía un diminuto jardín sombreado por árboles frutales. El financiero pasaba muchos ratos en el jardín leyendo y una vieja criada era la encargada de atenderle.

Cuando Zenker llegó ante la finca, descubrió a Spack sentado en el banco fronterizo, trazando círculos y dibujos en la arena con una rama de árbol y Zenker le encontró más delgado y mucho más desmejorado que cuando le viera por última vez.

Esto podía ser un buen síntoma a explotar. El millonario debía continuar enfermo hasta su agotamiento y él podría encargarse de que la enfermedad siguiese su destructivo curso.

Empujó la verja y el ruido de la campanilla al sonar obligó, a Spack a volver la cabeza. Al descubrir la enlutada silueta de Zenker, se levantó como impulsado por un resorte y avanzó penosamente hacia él.

—¡Zenker! —exclamó, angustiado.

—¡Señor Spack!

Y de manera hipócrita, le abrazó, quedando un momento con la cabeza inclinada sobre su hombro.

El millonario, afectado, exclamó con voz sorda:

—¡Oh, Zenker! ¡Cuánto he sufrido todo este tiempo sin noticia alguna que calmase mi ansiedad…! Estaba deseando verle para darle las gracias por su acertada y audaz intervención. Sin su valiosa ayuda, no hubiese salido nunca del rancho y seguramente a estas horas…

Se estremeció al recordar el peligro sufrido, pero reaccionando rápidamente, se separó del secretario y mirando hacia la verja con angustia, preguntó:

—¡Oh Dios!… ¿Y Vera?

Zenker bajó los ojos y el millonario, entendiendo que las diferencias que se habían iniciado a raíz de la captura de Texas podían haberles separado de un modo definitivo, agregó:

—¿Qué ha sido de ella, Zenker? ¿Es que no hay forma de que sus disgustos se soslayen?

El secretario, con acento afectado, repuso:

—¡Oh, señor Spack…! Aquello fue una ráfaga de mal humor que pasó como un tornado… Hubo explicaciones sinceras por ambas partes y nuestra amistad se reanudó mucho más fuerte. Tanto, que… ¡perdóneme, señor Spack!, pero por circunstancias especiales Vera y yo… nos casamos.

El millonario quedó sorprendido durante un momento. Cualquier cosa hubiese esperado oír, menos que su hija y Zenker se habían unido en matrimonio, cuando todo parecía indicar que su separación sería definitiva, pero reaccionando, exclamó:

—Bien, Zenker… Si fue gusto de mi hija, no puedo censurárselo… al contrario, dadas las circunstancias que nos rodean, nadie mejor que usted para resolver su futura vida. Estamos ligados por una misma causa y un extraño hubiese sido un estorbo y un fracaso.

—Así lo entendimos los dos, señor Spack. Por otra parte, yo amaba sinceramente a Vera. Aquello había sido un incidente fortuito, todo hombre soltero ha tenido algún desliz sin importancia… Ella lo comprendió y de común acuerdo decidimos arreglar ese asunto con Daphne. Era lo mejor para evitar sombras

en nuestra felicidad.

—¡Magnífico!… Pero ¿por qué no ha venido ella con usted?

Zenker se separó y ocultando el rostro entre las manos, fingió un sollozo estrangulado. Spack se alarmó y fue entonces cuando se fijó en el enlutado traje del secretario.

Con la angustia en el alma se acercó a él y sacudiéndole el brazo rudamente, preguntó:

—¿Qué significa esto, Zenker? ¿Por qué lleva ese traje todo negro?

Él le miró turbiamente y murmuró:

—¿No lo adivina? Este luto lo llevo… ¡por Vera!

Spack lanzó un rugido de fiera herida y agitándole con energía, gritó:

—¿Por Vera? ¿Quiere decirme que ha muerto?

—Sí, señor Spack… Ha muerto, pero no murió de enfermedad alguna; murió a manos de nuestro cruel enemigo Jim Texas!

El millonario vaciló y Zenker tuvo que sujetarle para evitar que diese con su cuerpo en tierra.

CAPÍTULO II

Zenker cuenta una historia

UÉ relativamente breve el desvanecimiento de Spack. Poco a poco se rehízo y sentado en el banco donde le había trasladado su secretario, rompió en un llanto sincero y silencioso que no conmovió poco ni mucho al endurecido Zenker.

Procurando aparecer tan afectado como él, seguía con disimulo las reacciones del financiero y repasaba en su memoria todos los detalles de la historia que había inventado, temeroso de haber dejado algún cabo suelto. Su jefe y socio no era tonto y cualquier error podía llevarle a sospechar de él, cosa que no le convenía de momento.

Cuando se repuso lo suficiente para poder hablar, preguntó con voz trémula:

—¿Qué sucedió, Zenker? Cuéntemelo todo por doloroso que sea para mí… y para usted…

Zenker tragó saliva como si le costase un gran esfuerzo hablar, y repuso:

—¿No sería mejor dejarlo para más adelante, señor Spack? Está usted muy afectado y los detalles no son muy alegres. Hemos pasado momentos terribles en nuestra lucha con ese monstruo y…

—Quiero saberlo todo, Zenker. Quiero, saberlo y pronto. Estoy decidido a cobrarme la muerte de mi hija y aunque tenga que entrar en el rancho de Texas, no me detendré ante la venganza.

—Ni yo. He jurado consagrar mi vida a cobrarme la muerte de mi amada esposa y no viviré más que para ello.

Luego, empezó a relatar su fantástica y bien urdida historia.

—Cuando usted cayó prisionero de los hombres del rancho de Texas, nosotros ignorábamos que así había ocurrido. Estábamos tan seguros de que todo se realizaría como estaba planeado, que nos dirigimos al lugar de la cita, bien seguros de que no tardaría usted mucho en unirse a nosotros.

»Pero ya allí, el tiempo transcurría y usted no daba señales de vida. Estuvimos escondidos en un terreno abrupto, donde dejamos encerrada a Stella, pero, una noche, cansados de velar, nos quedamos un poco dormidos y su sobrina consiguió limar las cuerdas con una piedra y escapar.

»Cuando nos dimos cuenta, comprendimos el peligro y escapamos en el calesín, pero fuimos perseguidos por un *sheriff* al que luego se unió Texas y sus hombres y sólo gracias a nuestro valor y audacia conseguimos burlarles.

»El peligro corrido hizo ver a Vera que mi amor era sincero hacia ella. Antes que salvarme yo solo, preferí exponerme a caer en manos de nuestro enemigo y cuando por fin conseguimos llegar a Reno, tuvimos una explicación que nos reconcilió.

»Para demostrarle mi sinceridad le propuse casarme con ella. No estaba bien que viajásemos por hoteles sin poder justificar nuestra unión que podía dar lugar a sospechas y Vera aceptó, casándonos a los dos días.

»Su hija sólo tenía una obsesión: salvarle a usted de las garras de Texas y acabar con la vida de éste.

»Yo, entonces, le expuse un doble plan para conseguir ambas cosas y lo aceptó entusiasmada. Consistía en enviar gente de confianza cerca del rancho para intentar su rescate y tender un lazo a Texas, obligándole a salir de allí para que no pudiese ocuparse de usted.

»El único pretexto que se me ocurrió, fue fingir una cita de mi antigua novia llamándole a Carson City, donde actuaba en un bar de baja estofa. En la carta le decía que se encontraba en situación

angustiosa y que yo le había amenazado con ir a robarle a su hijo.

»Texas picó en el anzuelo. Salió precipitadamente del rancho para acudir a la llamada, con ánimo de cazarme y tuvo que aplazar el deshacerse de usted como era su intento.

»Nos fuimos a Elko y allí organicé una encerrona en el bar para cazarle. Contraté una docena de pistoleros. Pero su hija, desobedeciendo mis órdenes, salió del hotel, temiendo que me sucediese alguna desgracia y la fatalidad hizo que ese mejicano sanguinario que acompaña a Texas la viese, siguiéndola y averiguando dónde se hospedaba.

»Una noche provocaron un incendio en el hotel y con la confusión lograron raptarla, haciéndola desaparecer.

»Cuando yo volví al bar donde esperaba a Texas para acabar con él, me enteré de su desaparición y puede usted figurarse la angustia que pasé por ella.

»Como loco hice averiguaciones, pero en vano. No logré encontrar su rastro y así una noche apareció por fin Texas en el bar donde hubo una terrible batalla.

»En la lucha cayó muerto el dueño del bar, a quien yo protegía y conseguí herir de un tiro a Texas, pero cuando lo iba a rematar, el mejicano me arrojó una banqueta, no acabando conmigo por milagro. Como habían acudido al bar con ocho o diez hombres de su confianza, la carnicería que se armó fue espantosa. Mis hombres cayeron casi todos y algunos del otro bando, y yo acorralado, conseguí huir por la puerta trasera del bar y escapar cuando me perseguían.

»A pesar de mi suerte, había recibido una herida en un pie, que se me inflamó y estuve siete días sin poder abandonar el lecho, pero cuando conseguí abandonarle, decidí seguir haciendo gestiones para averiguar el paradero de Vera.

»Un día reconocí en la calle a uno de los individuos que habían ayudado a Texas a ganar la pelea y le seguí como un lobo. Más tarde, en la taberna donde entró, le descubrí con otros tres más, los cuales, al abandonar el establecimiento, se dirigieron a las afueras del poblado, siendo seguidos por mí, como si fuese su sombra.

»Les vi introducirse por un terreno áspero y accidentado y con la esperanza de que por allí tuviesen secuestrada a su hija, desmonté del caballo y arrastrándome como los reptiles, llegué hasta el lugar

donde estaban reunidos.

»Debían ser indeseables que tenían allí su refugio, pues se habían reunido en un claro, dedicándose a jugar fuertes cantidades. Aproveché que se habían despojado de los cintos y presentándome de improviso, disparé ciego sobre ellos, matando a tres e hiriendo al cuarto antes de que tuvieran tiempo de tocar un arma.

»Entonces sometí a tortura al herido para que me dijese qué había hecho Texas de su hija y se negó obstinadamente. Tuve que medio abrasarle los pies en una hoguera para obligarle a confesar y entonces, el miserable, terminó por confesar que por mandato de Texas, había encerrado a su hija en una cueva de aquellos alrededores, maniatándola fuertemente y después habían cerrado la cueva con piedras, para matarla en vida.

»Loco de angustia, quise intentar que me dijese dónde estaba la cueva. Me aseguró que por aquellos alrededores, pero que no podía darme más detalles. Le torturé, casi le destrocé, pero no conseguí más. No podía andar y no sabía cómo orientarme para buscarla.

»Desesperado, le rematé a tiros y con el alma dolorida me dediqué a recorrer el terreno palmo a palmo, buscando la cueva.

»Tardé tres días más en encontrarla. Estaba disimulada tras un gran seto y tapiada con piedras que casi era imposible descubrirla, retiré las piedras y cuando logré penetrar, sufrí el dolor angustioso de mi vida. La fatalidad había hecho que llegase demasiado tarde y solamente encontré su cadáver agarrotado.

»Como nada podía hacer, busqué por los alrededores un lugar propicio, cavé una sepultura y la enterré piadosamente, abandonando después Carson City, de donde había desaparecido Texas, creyéndome huido.

»He luchado entre dedicarme a vengarme de él o tratar de localizarle a usted y como había perdido la pista, decidí regresar a Washington, donde la suerte hizo que encontrase a Jack, quien me dijo que le había dejado a usted aquí, esperando noticias nuestras.

»Esta es la historia de nuestra odisea a grandes rasgos.

»Como testimonio, aquí le presento una copia de nuestra boda, que pedí al misionero que nos casó.

Spack, abatido y lloroso, había estado escuchando el relato sin interrumpirle. Por fin, se irguió con los ojos centelleantes y exclamó:

—Gracias, Zenker. Desde este momento puede considerarse como hijo mío, el único que me queda, una vez que he perdido a Vera para siempre. Ahora no nos queda más misión que una en el mundo: buscar a ese chacal y deshacerle a pedazos, pase lo que pase y después… nada me importa el vulgo ni el dinero. Cuando haya conseguido vengar la alevosa muerte de mi hija, renunciaré a los negocios y al mundo. Me hundiré en una choza en lo profundo de un bosque a hacer vida solitaria y salvaje, y usted será el dueño de todo eso que para mí nada puede significar ya. Por si la suerte no nos fuese propicia, haré testamento a su favor, con la sola condición de que no podrá disfrutar de su beneficio en tanto que Jim Texas aliente en el mundo.

Zenker se envaró. Las cosas le estaban saliendo bastante bien y el panorama se le presentaba francamente favorable, pero aquella condición que el financiero acababa de imponer, no le satisfacía. Si no conseguía deshacerse de Texas, poco iba a ganar eliminando al millonario antes. Necesitaba deshacerse de los dos y lo intentaría, aunque tuviese que movilizar todos los indeseables de Oeste para lanzarles sobre la hacienda de su fatídico enemigo.

Para acabar de sobresaltarle, Spack lanzó una afirmación:

—Y ahora, sólo le pido una cosa, Zenker. Quiero visitar la tumba de mi hija, saber dónde está enterrada y preocuparme de buscarle un último alojamiento digno de ella. No quiero que quede su cuerpo perdido en la fragosidad de un monte, donde las alimañas pueden desenterrarlo y devorarlo. Le prepararemos un mausoleo en Washington y la haremos trasladar allí.

Zenker tuvo que realizar un gran esfuerzo para no acusar la sorpresa y la rabia que le causó la decisión de su suegro. ¿Cómo podía él llevarle al lugar del enterramiento y sobre todo, cómo iban a poder extraer el cuerpo Vera, si ésta no había sido enterrada?

Estuvo a punto de intentar disuadirle de su idea, pero conociendo su tenacidad, optó por apoyarla y exclamó:

—Dice usted bien, pero esto lo haremos pasado algún tiempo. Hay que preparar todo cuidadosamente y realizarlo con sigilo. Si Texas se enterase, era capaz de buscarnos el día que fuésemos a exhumar el cadáver, para acabar también con nosotros. Creo que lo primero que debemos hacer es trazar un plan de ataque contra Texas. Luego, mientras yo empiezo a realizar los preparativos, usted

puede ir a Washington a encargar el mausoleo, si ha de ser enterrada allí y si cree usted mejor que lo hagamos en Nevada, se encarga en el mismo cementerio de Carson City. Acaso fuese mejor como un homenaje a su memoria, ya que fue allí donde luchando contra ese demonio, cayó como los héroes.

El financiero dudó y luego dijo:

—Lo pensaré, Zenker. Ahora no tengo la cabeza para fijar ideas. Medite bien si tiene algo pensado para dar la batalla a nuestro enemigo y cuando me encuentre más calmado, lo estudiaré con usted. De momento, no vuelvo a Washington, está muy largo y muy separado de Texas. Quiero estar lo más cerca de él y de la sepultura de mi hija. Cuando hayamos ido a verla, decidiré.

Luego se dirigió al interior de la casita, advirtiendo:

—Haré que le preparen habitación. Esto es espacioso y estará usted bien aquí. Sólo tengo una vieja medio sorda que me cuida y no es capaz de enterarse de nada. Sígame.

Ya dentro, la vieja criada se informó de que tenía un nuevo huésped a quien atender. Fue preciso que Spack le diese muchos gritos para que se enterase de lo que debía hacer.

Cuando le dejó arreglándose en la habitación que le habían destinado, Spack dijo:

—Ahora me voy, Zenker, tengo que hacer algunas cosas en el poblado. Cuando regrese, hablaremos.

El secretario se alegró de aquella ausencia que le dejaba libre para meditar. Habían surgido algunos lunares en su juego y tenía que examinar bien las cartas para no perder aquella última partida.

De momento, lo más grave era la decisión de Spack de ir a conocer el enterramiento de su hija y proceder al traslado del cadáver. Esto sólo podía soslayarlo buscando un pretexto para ausentarse unos días, trasladarse a Elko, volver a las cortadas, buscar la cueva donde quedó encerrada Vera y sacar el cadáver para enterrarle cerca de allí. Así, el día que el financiero se decidiese a ir, el cuerpo de Vera estaría enterrado, e incluso podría mostrarle como testimonio la cueva donde había muerto por inanición.

Al solo pensamiento de tener que remover aquella cueva y enfrentarse con los cadáveres de sus víctimas, la sangre se le heló en las venas. Era hombre duro y cruel, pero había cosas que rebasaban

la medida y una iba a ser aquella.

Pero tenía que pechar pon ella y no vacilar. Suerte para él era que el lugar permanecía aislado y que podría realizar la faena sin sobresaltos ni testigos de vista.

Un día se trasladaría a caballo a las cortadas, provisto de un pico y una azada y cavaría la sepultura provisional, incluso marcándola con una cruz y en cuanto al cadáver del niño… le enterraría anónimamente en otro lugar, y con aquellos quedarían borradas las huellas del crimen.

En el fondo, agradeció la solución. Aquellos cadáveres dentro de la cueva podían ser descubiertos, y si el caso se daba a la publicidad, Texas podría sospechar que se tratara de Vera y del niño y remover el asunto por caminos nada personales, poniéndole en un verdadero compromiso.

Aprovecharía el momento factible para realizar el viaje y pondría digno remate a aquella parte de la tragedia.

* * *

Dos días más tarde, «El News Herald», de Washington, publicaba en un lugar destacado de su primera página, un suelto que decía:

«SENSIBLE ACCIDENTE».

«Nuestro corresponsal en Nevada, nos informa de un trágico accidente ocurrido hace varios días en las montañas de las cercanías de Carson City que ha costado la vida a una de las más bellas y conocidas jóvenes de nuestra destacada sociedad.

»Sé trata de la señorita Vera Spack, hija del acaudalado financiero Claudio Spack, que falleció hace pocos meses

también víctima de un accidente en Texas.

»La señorita Spack vivía retirada en el Oeste guardando luto a su desgraciado padre y recientemente, antes de reintegrarse a la capital del Estado, decidió contraer matrimonio con el prestigioso hombre de negocios, secretario que fue del señor Spack, Olivier Zenker.

»Los recién casados huyendo de toda exhibición, decidieron ir a pasar su luna de miel a Nevada, recorriendo diversas poblaciones de dicho Estado y días atrás, realizando una excursión por las montañas, la ya señora de Zenker, tuvo la terrible desgracia de resbalar al escalar unos peñascales y rodar al fondo de una regular sima, donde a costa de ímprobos trabajos y peligros pudo ser extraída aunque ya cadáver.

»La desgraciada joven ha sido exhumada provisionalmente en Carson City, pero según rumores, pronto será trasladada a Washington a reposar en el panteón de nuestro cementerio.

»Lamentamos tan terrible accidente y acompañamos en su justo dolor al señor

Zenker, quien según noticias se ha recluido en un rincón de las montañas a llorar tan irreparable pérdida.

CAPÍTULO III

Texas toma una decisión

ESPUÉS de los terribles sucesos vividos en Carson City durante la trágica lucha con el monstruoso Zenker, Texas se había trasladado a su rancho en compañía de Stella, Vera y Daphne. Las dos últimas, habían sufrido una terrible crisis nerviosa que las obligó a guardar cama durante unos días para recobrar el perdido equilibrio y en cuanto a Stella, también había acusado las huellas de la trágica noche del incendio, pero acaso reconfortada con el éxito logrado y con la presencia de su prometido que no se separaba de ella, fue la primera en recobrarse y dedicarse a atender con todo cariño a su prima y a Daphne.

El niño, un precioso muchachuelo de dos años que empezaba a hacerse comprender torpemente, servía de distracción a la joven y los ratos que no necesitaba atender a las enfermas, lo llevaba a pasear por los pastos o le montaba a caballo, bajo la vigilancia del duro mejicano, que ya se había repuesto de su herida.

Nino tomaba al pequeño como a un muñeco temiendo siempre que se le deshiciese entre sus rudas manos y exclamaba:

—Bueno, manito, ¡repinto! A ver si aprendes a montar a caballo como el patrón o así y entonces te enseñaré a manejar estos

juguetitos que meten mucho ruido… Cuando baje a la primera feria, te voy a comprar uno más lindo que un sol y te lo voy a colgar al cinto para que te acostumbres a saber lo que pesa ¡maldito sea Jalisco! Los hombres deben saber cuanto antes para que sirven estos cacharros y manejarlos como el primero, creo yo.

Stella se indignaba con él replicando:

—¡No sea bruto, Nino! Apenas si ha salido del cascarón y ya está usted tratando de convertirle en un pistolero.

—¡Bueno va! Cuando yo tenía un año menos, mi abuelo me daba a chupar el cañón de su 45 como si fuese un biberón para que no me desgañitase a llorar… y vea; esto me hacía tanta gracia, que dejaba de llorar y chupaba de él como si fuese un caramelo.

—Bueno, pues yo no quiero que se acostumbre a matar hombres como si fuesen conejos. Le haremos abogado.

—Bueno va, ¡maldita sea Sonora! Hágale pistolero mejor y luego abogado, podrá ser juez y ganar mucho dinero resolviendo pleitos a tiros. Me acuerdo una vez en Sonora, que se presentó, un abogadillo a defender a un ranchero que acusaba a su capataz de haberle robado varias reses. El hombre se desgañitaba a dar razones y a enseñar un libro muy gordo, del que no hacía más que leer cosas muy raras que nadie entendía, hasta que el abogado del capataz, un juez que había pertenecido a la cuadrilla de Jesse James, le preguntó con sorna:

—Léame usted las cinco cláusulas de la Ley del 45.

El hombrecillo muy asombrado balbuceó:

—¿Qué Ley es esa? Yo no conozco más que la Ley del año 68 que dice…

—Basta —exclamó el juez abogado sacando su Colt—. La Ley del 45 es ésta y las cinco cláusulas están dentro. Aquí no hay más razón que la que yo defiendo y desafío al jurado a que afirme que hay otra mejor.



—¡Y no lo hubo, repinto! ¿Qué la iba a haber, si aquel tío cortaba un hilo a cincuenta pasos sin apuntar?

Stella terminaba por reír, pero evitaba que el mejicano intentase aficionar al pequeño al gusto de las armas. El estado de las tres mujeres había dejado en suspenso todo lo concerniente a la proyectada boda de Texas con Stella. Debía darse tiempo al tiempo y dejar que todas recobrasen la salud para que el acontecimiento revistiese los caracteres de alegría que el caso debía exigir.

Mientras Texas, siempre alerta, había hecho doblar la vigilancia en los alrededores del rancho e incluso había destacado a un hombre de confianza a Carson City a ver si averiguaba allí algo del desaparecido Zenker, pero aquel regresó después de una búsqueda infructuosa y todo quedó como adormecido, aunque Texas no se fiaba.

Conocía a Zenker, sabía que este no se resignaba a la derrota y sentía curiosidad para averiguar cuáles serían sus primeros actos hostiles después que se rehiciese.

En cuanto a Spack, no había podido averiguar una sola palabra de él y Vera retrasaba su reposición solo de pensar en él y en su suerte.

Texas cuando la visitaba, trataba de levantar su ánimo afirmando que un día u otro se daría con su pista y entonces sería llegado el momento de buscarle y darle cuenta de lo sucedido para fijar su actitud.

Así las cosas, un día llegó al rancho una carta depositada en

Washington con el sello oficial de la Secretaría de Estado. Texas no necesitó hacer esfuerzos para adivinar que procedía de Snock el Secretario y se preguntaba con disgusto, que nueva misión trataría de confiarle para turbar aquel agradable y merecido descanso.

Pero cuando la abrió, su asombro no tuvo límites. En efecto, contenía una carta de su amigo Snock, pero a esta acompañaba un recorte de periódico y este recorte era el mismo en el que se anunciaba la muerte de Vera. Leyó el recorte con avidez y luego la carta decía:

»Querido Jim:

»Hace algún tiempo que no sé una palabra de tus andanzas, aunque me figuro que estarás entregado a dar fin de esa fatídica banda de malhechores de guante blanco, que gracias a ti han cesado en sus actividades contra los intereses de la Nación, me figuro que por haber dedicado a ti toda su preferencia.

»Me lo hace sospechar así, el adjunto suelto que acabo de leer en la prensa de aquí y que te remito por si lo desconoces. Como Vera era la hija de Spack y tú acabaste con él, he sospechado que también te hayas visto obligado a concluir con la hija, aunque sé la repugnancia que ello te haya podido causar por tratarse de una mujer.

»Ahora sólo te queda Renker, el más

astuto y peligroso de los tres. Me alegraría saber algo de tus andanzas en este asunto y conocer algún detalle de tus luchas. No tengo que reiterarte que si algo necesitas de mí y puedo ayudarte, no tienes más que mandar.

»Te envía un fuerte abrazo tu viejo amigo,

Snock».

Texas se quedó meditando sobre el suelto que le enviaba, su amigo. No acertaba a imaginar de donde procedía la noticia y que objeto podía tener dar a la publicidad con aquella seguridad y aquel falso lujo de detalles la muerte de Vera.

Después de una honda meditación, sacó diversas conclusiones que fue anotando en un papel.

Si nadie tenía noticias de un hecho que había quedado entre los protagonistas y aún alguno como Zenker ignoraba la terrible verdad, ¿quién podía haber cursado aquel telegrama?

Solamente el propio interesado. ¿Con qué finalidad?

Posiblemente con la de correr la noticia para que llegase a oídos del financiero y establecer contacto con él, Dios sabía por qué procedimientos.

Por otra parte, creyéndose viudo de la única hija del millonario, le convenía hacerlo público, para en su día reclamar la herencia. Esto sería lo más ventajoso, porque ese día tendría que dar la cara y entonces… la presencia de Vera sería su perdición.

Admitiendo que fuese el propio Zenker quien hubiese enviado la noticia, ¿dónde estaba y desde dónde se cuidó de enviar el telegrama a Washington? Tenía que averiguarlo rápidamente, porque esto podía ser un hilo aunque débil que le llevase a localizar al sanguinario secretario para darle la batida final.

Esto no podía aclararlo nadie mejor que el secretario del Presidente y sin pensarlo más, se dirigió al puesto de telégrafos cursando un despacho que decía:

«Querido Snock:

»Recibí tu carta. Estoy bien. Te escribo largamente, pero ruégote que con máxima urgencia averigües en periódico quien envió noticia y desde donde. Procura ver el despacho original y telegrafíame copia.

»Abrazos.

Texas.

Jim guardó la carta y el recorte sin querer dar cuenta de él ni a la propia Stella y esperó. Cuando tuviese todos los cabos posibles reunidos, sería el momento de sembrar la alarma entre las mujeres e incluso de tomar una decisión extrema que habría de soliviantarlas si se veía obligado a abandonar el rancho para buscar de un modo definitivo a Zenker.

Al día siguiente, volvió a recibir otro telegrama del secretario. Un poco más amplio decía:

«Querido Jim:

»Recibí tu telegrama. Rápidamente me trasladé en persona al periódico y pedí ver el despacho. Este dice de la forma más extractada, lo mismo que el suelto de prensa. Se expidió hace dos días en Boixe, la capital de Idaho. Va firmado con la inicial Z. y el periódico no tiene corresponsal alguno en dicha capital.

»Lo acogieron estimando que lo firmaba

modestamente el propio viudo de la víctima y por eso añadieron que se había refugiado a llorar su dolor en algún rincón oculto del Oeste.

»Dime si necesitas que haga alguna gestión más y la realizaré con el gusto de siempre.

»Te abraza».

Snock.

Texas sonrió con humorismo trágico al leer el contenido del telegrama. Zenker se había pasado de listo al realizar aquel acto absurdo de propagar la noticia de la muerte de Vera. En su día, el despacho sería una prueba condenatoria contra él y de momento, sin él sospecharlo le había proporcionado una pista para localizarle.

Zenker se había refugiado en algún lugar de Boixe, Dios sabía con qué propósitos y tan seguro estaba que Texas a tan larga distancia no llegaría a enterarse del suelto, que permanecería allí tranquilamente, esperando acontecimientos o quizá preparando alguna nueva trampa en la que pretendiese hacerle caer.

Para desbaratar sus planes, no había nada mejor que adelantarse a ellos y darle la batalla en su propia madriguera cuando se hallase más confiado y seguro de que no sucedería así. Si lograba sorprenderle, la pugna quedaría liquidada de una vez y para siempre y él podría vivir tranquilo no sólo por él sino por las mujeres que tenía bajo su custodia.

Se imponía darles la noticia y comunicarles sus proyectos. Adivinaba que iba a tener que sostener una desagradable discusión con Stella, quien no le dejaría partir de nuevo en busca del peligro, pero él no podía permanecer de brazos cruzados dándole todas las ventajas al enemigo, cuando la suerte había puesto en sus manos la mejor arma para el ataque.

Así, aprovechando que las tres mujeres se hallaban reunidas en

el dormitorio de Vera, se presentó en él grave y preocupado y las tres con esa intuición femenina que nada deja escapar, adivinaron al verle que algo extraordinario iba a suceder.

Stella se envaró y avanzando hacia él preguntó:

—¿Qué sucede, Jim? ¿Qué mala noticia vienes a darnos?

Él sonrió con despreocupación afirmando:

—No seas agorera, Stella, no hay mala noticia… Yo al menos creo que es buena, aunque nos complique un poco la tranquilidad. Escuchen y sobre todo, usted Vera. Esto le afecta de cerca.

Texas le leyó el suelto del periódico mirándola a hurtadillas y observando que la joven se ponía roja como una artemisa y unas lágrimas de rabia mal contenidas acudían a sus ojos.

Cuando concluyó la lectura, ella sollozó:

—¡Qué asco y que bochorno!… ¡Es la última puñalada que podía dar a mi amor propio y a mi dignidad!… Lanzar a los cuatro vientos la noticia de esta boda trágica que ha sido como mi justo castigo…

—No hay que afectarse así —dijo Texas—. Una boda equivocada la realizan cientos de mujeres. Lo que hay que dejar siempre aclarado es quién fue el malo y el bueno.

—En esta ocasión nada puedo echarle en cara.

—Sí, Vera. Usted fue una muchacha sugestionada por él y por su padre, que por fortuna supo ver la verdad y reaccionar a tiempo. Él no reaccionará ni a las puertas del infierno.

Stella que iba mucho más allá en sus pensamientos, preguntó:

—Bien, Jim, ¿cuál es tu idea al darnos cuenta de ese suelto?

—Querida, eres muy imaginativa. En efecto, tengo una idea y vengo a comunicarla. He hecho indagaciones, pues este suelto me lo envía mi amigo Snock y he averiguado que el telegrama fue enviado no desde Nevada, sino desde Boixe en Idaho y está firmado por la inicial Z.

—¡Zenker! —exclamó palideciendo Stella.

—Esa es mi sospecha. Zenker está en Idaho y…

Pareció dudar en completar su pensamiento, pero su prometida impetuosa, exclamó:

—¿Y piensas marcharte a comprobarlo?

—Justamente, querida, pareces una pitonisa.

Ella acongojada, repuso:

—Claro, como que es mi corazón el que habla y éste me dice que

intentas ir a jugarte la vida de nuevo.

—Pero querida, comprende que es más fácil para mí obtener un éxito definitivo sorprendiendo al enemigo cuando no espera, que dejándole que sea él quien prepare la trampa. Acuérdate de Elko. La ventaja estuvo siempre de parte de Zenker y a no haber sido por una verdadera casualidad, a estas horas el triunfo rotundo habría sido de él.

—Sí, pero Zenker no es de los que se confían. Tú fuiste allí de buena fe, sin darte cuenta de lo que podía surgir y surgió. Él estará con los ojos muy abiertos para que no se repita el caso.

—Bueno, pero yo gozaré de la ventaja de que también esta vez iré prevenido y no de buena fe. Estoy seguro de que con la ayuda de Nino sorprenderemos a esa alimaña y daremos fin de ella.

Vera intervino para suplicar:

—¡Por Dios, Jim, no se exponga más por mí!… Deje a ese monstruo que se encenague más en su propio barro… Quizá se conforme con apropiarse de mi capital creyéndome muerta.

Texas asaltado de una repentina sospecha palideció y se apresuró a insinuar:

—¿Se ha dado usted cuenta de lo que puede suceder con eso que ha dicho?

—No le entiendo —afirmó ella desasosegada.

—Pues sencillamente, que si ese es su propósito, nunca heredará su fortuna mientras su padre viva, y muerta usted según su creencia, sólo le resta deshacerse de su padre y alzarse como heredero legítimo.

—Pero vivo yo aún…

—Cierto, más, si cuando usted quiera dar a conocer la verdad él se ha apresurado a obrar, entonces podrá evitar que le robe su patrimonio, pero no evitar que se haya deshecho de su padre si lo localiza.

Vera lanzó un grito desgarrador al oír las afirmaciones de Texas. Conocía sobradamente al desnaturalizado secretario para no dudar que sería capaz de realizar aquel nuevo crimen.

—¡Dios mío! —sollozó—. ¡No!, eso no… Mi padre…

—Cálmese, Vera —se apresuró a rogar Jim— es por esto por lo que no quiero darle un minuto de reposo. Debo atacarle con rapidez y si la cosa no resulta tan segura y rápida como yo deseo…

Entonces sería el momento de poner al descubierto la verdad desmintiendo la noticia.

—Esto le haría ver que resulta estéril deshacerse de su padre, pues no lograría hacerse con el dinero.

—Pero… si se pone en contacto con él y se descubre la horrible verdad… ¿ha pensado usted en lo que puede suceder? O Zenker tendrá que matar a mi padre para que mi padre no le mate a él o al contrario. El dilema es espantoso.

—Razón de más para que yo intente localizarle. Si por casualidad hubiese encontrado a su padre contándole la historia a medida de su gusto, yo podría exponerme a hacerle saber la verdad y entonces… apuesto la cabeza a que su padre al saberla viva y salvada por mí, concentraría toda su furia contra Zenker y sería un aliado más para nosotros. Con discreción, podría llevarse a cabo todo esto y cogerle dentro de un terrible cepo del que no podría escapar esta vez.

Stella que escuchaba con anhelo cuanto se hablaba y veía reflejado en el semblante de su prima una terrible angustia por la suerte de su padre, tomó una decisión heroica y encarándose con su prometido, dijo enérgica:

—Tienes razón, Jim. El dilema es terrible, pero no hay otro. Me angustia que te vayas, pero comprendo que no hay otro remedio. Ve y que la suerte sea contigo.

—Bien, querida, ya sabía yo que te mostrarías razonable. Te juro que seré desconfiado y discreto y que viviré con los ojos muy abiertos para no ser sorprendido. Voy a avisar a Nino para que tenga todo preparado y mañana partiremos para Boixe. Esta vez me dice el corazón que el triunfo será nuestro.

Y abandonó la estancia dejando a las tres mujeres atribuladas y presas de la mayor zozobra.

CAPÍTULO IV

Un plan siniestro

ENKER agitando rabiosamente el periódico que su suegro había dejado sobre la mesa, paseaba como un león enjaulado maldiciendo al financiero que tan poco discreto había sido dando a la publicidad la muerte de Vera.

Aunque esta noticia pudiese tener para él algo de beneficiosa a la larga, de momento creía que estropeaba sus planes, pues Texas no dejaría de sospechar que todo era obra de él y trataría de realizar investigaciones para localizarle cuando menos le convenía.

Así, al ver entrar a Spack, afirmó con gesto desabrido:

—No sé por qué ha cometido usted esta estupidez de dar la noticia sin antes consultarme.

El financiero le miró con sorpresa y replicó:

—No sé por qué lo juzga una tontería. Mi hija era un elemento destacado en la buena sociedad de Washington y he de justificar su muerte y hacerla saber. Como verá, me he callado la forma en que se produjo.

—No faltaba más que hubiese contado usted la verdad… Hubiese sido tanto como acusar a Texas del crimen y que éste al declarar, nos hubiese envuelto en el proceso. Este asunto lo hemos

de resolver personalmente y todos procuramos guardarnos nuestros fracasos y nuestras acciones.

—Muy bien, pero espero que me diga por qué ha juzgado perjudicial dar la noticia.

—Porque si el periódico llega a manos de Texas, éste podrá ver en ello una pista y molestarnos cuando somos nosotros los que podemos gozar de toda iniciativa.

—Creo que está usted un poco asustado o que ha perdido su facultad de razonar —replicó el millonario—. Olvida usted que la noticia se atribuye al corresponsal del periódico en Nevada y que nosotros estamos en Idaho. Aun suponiendo que estos periódicos lleguen a California, llegarán con mucho retraso y Texas todo lo más que supondrá es que anda usted por Nevada.

—Sí, pero de todas formas, me hubiese agradado más mantener en secreto todo lo sucedido. Me creería más libre de movimientos.

—Eso sí que son tonterías. Podemos movernos como nos parezca y lo que urge, es trazar un plan de ataque, pero antes, deseo dejar arreglado el asunto del traslado del cadáver. No quiero dejarle perdido en una cortada de un monte.

—Bien, pero no tratará de llevarle ahora a Washington. Tendríamos que ir allí y exponernos a descubrir nuestros movimientos. Creo que provisionalmente puede quedar en el cementerio de Carson City.

—De acuerdo. Me preocuparé de arreglar eso.

—No; déjeme a mí realizar las gestiones. Voy a ausentarme unos días para recoger la gente que tengo preparada y al tiempo, me ocuparé de gestionar todo. Cuando esté preparado, nos trasladaremos unas horas al lugar de la tragedia y dejaremos resuelto este asunto.

—Como usted quiera, pero no lo demore.

—No. Mañana mismo me iré y estaré ausente tres o cuatro días nada más.

Zenker no perdió el tiempo en partir. Temía una reacción especial del financiero y que éste, sin nervios para esperar sus gestiones, se decidiese a partir inmediatamente para el lugar del supuesto crimen, cosa que le crearía una situación trágica.

Así, respiró con satisfacción cuando se vio en el tren camino de Carson City y sabiendo al millonario tranquilo en su casita de Boixe.

Durante el viaje, Zenker tomó ciertas precauciones para falsear un poco su personalidad. No temía nada inmediato por parte de Texas, pero ignoraba las gestiones que éste podía haber dejado iniciadas para su busca y captura como incendiario del hotel y debía evitar ser reconocido.

Fingiéndose un vaquero de los muchos que circulaban por la región, entró en Carson City sin observar nada alarmante.

Se hospedó en un hotel distinto y alejado de los que frecuentara la otra vez y hasta en un arranque de valentía, visitó la primera noche el bar donde prestó sus servicios tratando de adquirir discretamente algún informe de Daphne.

Invitó a beber a una de las muchachas que alegraban el establecimiento y al desgaire comentó:

—Parece que echo de menos algunas caras conocidas. La última vez, había una muchacha rubia muy bonita, pero un poco estirada, que ahora no veo. ¿La ha retirado algún ranchero adinerado?

La muchacha sonrió contestando:

—No sabemos de ella. Se despidió del patrón diciendo que necesitaba atender la salud de un hijo que tiene muy enfermo. Se fue y nada más hemos sabido de ella.

—¡Bah! Sería algún pretexto para no declarar la verdad en su marcha. Todas hacéis lo mismo y hacéis bien si sale un hombre con dinero a vuestro paso.

La muchacha picaresca, preguntó:

—¿Lo tienes tú para ofrecérmelo a mí? Podías hacer la prueba.

—La haría con gusto si me sobrase, pero un capataz de equipo solamente puede malgastar un puñado de dólares al mes en una noche. Si eso te agrada, mañana por la noche puedo venir en tu busca.

—Mejor será que vengas a la caída de la tarde —repuso ella— tengo libres mis horas hasta el día siguiente a las siete.

—Pues de acuerdo. Espérame. Pasaremos una noche muy divertida.

Zenker hizo la proposición sin ánimo ninguno de volver. La muchacha no era despreciable. Tenía el cabello negro, el rostro bonito y el cuerpo airoso. Sin saber por qué, le recordaba en un aire general a Vera.

Al siguiente día, tenía proyectado marchar a las cortadas en

busca del cadáver de Vera para enterrarlo cerca de la cueva y dejar concluso aquel asunto. Luego se pondría al habla con alguien que se encargase de preparar un mausoleo en el cementerio del poblado, pero sintiendo gran repugnancia de realizar solo tan macabra gestión, había puesto un telegrama a Jack advirtiéndole que se trasladase desde Nevada City a Carson acompañado por el momento de uno de sus hombres.

Jack llegó a la mañana siguiente encaminándose al lugar de la cita; una taberna de no muy buen aspecto de los arrabales y Zenker sin perder tiempo en explicaciones, le ordenó:

—Necesito rápidamente un par de picos una azada y un caballo para mí. Procura resolver esto rápidamente pues tenemos que realizar un trabajo un poco raro pero urgente. Os pagaré bien y nada perderéis con él.

—¿Tenemos que deshacernos de alguien y enterrarle luego? —preguntó con indiferencia Jack.

—No; tenemos que desenterrarle y volverle a enterrar.

—¡Peste! —exclamó el bandido— eso me agrada menos. Me molesta el olor a carroña.

—Pues hay que hacerlo.

—Se hará, patrón. A fin de cuentas, son más peligrosos los vivos que los muertos.

El rufián actuó con rapidez y una hora más tarde se reunía con Zenker en las afueras del poblado, llevando un buen caballo y las herramientas pedidas.

El secretario que no había olvidado el camino, se dirigió rectamente al siniestro lugar de sus crímenes y guiando a sus compañeros por las trochas y la maraña de arbustos de las cortadas consiguió localizar el lugar justo donde estaba la cueva.

Pero poco antes de alcanzar ésta sufrió una de las impresiones más violentas de su vida.

Al intentar salir al claro donde los guardianes de Vera estuvieron reunidos vigilándola, descubrió corroídos por las aves de rapiña los cuerpos de los rufianes muertos por Texas.

Jack hizo un gesto de repugnancia diciendo:

—Bueno, yo creo que podía haberlos dejado usted que terminasen con ellos los buitres. No merecían la pena de tener tanto miramiento con ellos.

Zenker pálido como un muerto, rugió:

—¡Cállate, imbécil y no comentes lo que ignoras! No son estas carroñas las que me interesaban… ¡Por el infierno! ¿Qué sucedió aquí y como estos tipos fueron muertos?

—Pues a tiros —afirmó Jack— esto está claro.

Zenker pareció adivinar la verdad de lo sucedido y como un loco, se introdujo por entre los arbustos que ocultaban la cueva, temiendo descubrir algo que jamás había imaginado.

Y aunque se había preparado para la sorpresa, ésta le hizo estallar en denuestos y maldiciones terribles. Las piedras que debían taponar la cueva se hallaban a medio derrumbar dejando un gran espacio libre y como un loco, se introdujo en el interior registrándole rabiosamente sin descubrir rastro alguno de los cadáveres de su mujer y del niño.

Un furor ciego invadía todo su ser, con las facciones descompuestas, los ojos rojizos y dilatados y las manos temblonas, parecía un demente escapado de su encierro.

Jack pese a su sangre fría, se asustó al verle y preguntó llevando prudentemente la mano a la culata del revólver:

—¿Qué diablos le sucede, patrón? Está usted descompuesto.

Zenker, sin dignarse contestar, se dejó caer sobre una piedra y allí sentado con la cabeza hundida entre las manos cerró los ojos y se trasladó de nuevo a los días trágicos en que estuvo a punto de morir a manos de Texas y en que huyó creyéndose triunfador en parte al deshacerse de Vera y del niño.

¿Qué había sucedido que él estaba ignorante de ello hasta aquel momento?

Cuando se ausentó a caballo de las cortadas, los bandidos se entregaban a la tarea de tapiar la cueva donde yacía la joven. Se fue seguro de que no había poder humano que evitase la tragedia y sin embargo… ¿Se había evitado? ¿Lograron sacar con vida a los dos condenados o llegaron tarde y solamente consiguieron extraer sus despojos? Esta era la incógnita que le escocía más que saber con fijeza la verdad de lo ocurrido.

Pero una honda meditación le aclaró sus dudas. Vera y el niño habían sido salvados. Se lo patentizaba así el cuadro que acababa de descubrir. Si los rufianes hubiesen tenido tiempo de terminar su trabajo y tapiar la cueva, se hubiesen largado sin dejarse

sorprender, pero sus cuerpos carcomidos por los buitres le decían que fueron sorprendidos en su trabajo y eliminados salvando de una muerte cierta a Vera y al muchacho.

¿Quién podía haber realizado tal acto? Solamente Texas y aunque no se sentía capaz de adivinar como había descubierto el escondite de las dos víctimas llegando tan a tiempo a salvarlas de la muerte, era indudable que lo había conseguido y que ahora, Vera no sólo no había muerto, sino que como una terrible amenaza vivía en poder de Texas, quien seguramente la reservaba para asestarle con ella un golpe terrible y espectacular.

Y era ahora cuando se daba cuenta de que la publicación de la supuesta muerte de su mujer era una espada suspendida sobre su cabeza y de que sus locos planes de apoderarse de la herencia suprimiendo a Spack se habían hundido en tierra porque nada conseguiría con su muerte.

Y sin embargo, la situación era más angustiosa, pues si el millonario llegaba a tener noticias de la verdad, sería un enemigo más contra él, lo que le estaba diciendo que de todas suertes, el financiero debía morir y morir pronto antes de que se enterase de lo sucedido. Pero no podía obrar alocadamente. De momento, el peligro era al parecer muy remoto. Sólo cuando Texas diese señales de vida debía actuar y por el momento, seguir la comedia con su cuerpo al que necesitaba para seguir adelante con sus planes.

Lo trágico era que en cuanto regresase a Boixe, el financiero exigiera ver la tumba de su hija y exhumar el cadáver, ¿cómo podía seguir la farsa y conjurar el inmediato peligro que se cernía sobre él? Por un momento estuvo tentado de desaparecer de allí y olvidarse del millonario para actuar sólo por su cuenta contra uno o contra todos, pero su amor propio humillado y su egoísmo se impusieron.

No estaba dispuesto a dejarse vencer sin lucha, ni quería dejar suelto a Spack. Antes tenía que sacarle dinero en abundancia con algún pretexto lógico y sólo cuando constituyese un inmediato peligro se desharía de él.

Pero para seguir la farsa, necesitaba un cadáver. ¿Dónde encontrarlo de forma que pudiese sustituir al posible de Vera?

Súbitamente, una idea siniestra cruzó por su mente enfebrecida. Zenker era hombre de grandes resoluciones cuando se veía acosado

y su espíritu maligno no retrocedía ante nada por cruel e inhumano que fuese. Necesitaba un cadáver y lo iba a tener rápidamente. Se levantó presuroso tratando de serenar su rostro.

Jack le miró y más tranquilo hizo una pregunta:

—¿Nos vamos, patrón, o hay que hacer algo aquí?

—Sí, quitar esas carroñas de en medio y ocultarlas en algún barranco lo más lejos posible, luego, aquí en este mismo lugar cavar un hoyo capaz para un cuerpo.

—¿Qué va a enterrar usted, un ciervo? Tendrá que cazarlo antes.

—No, voy a enterrar un cuerpo. Después hablaremos de eso.

Los bandidos, con marcada repugnancia, retiraron los averiados cuerpos de sus compañeros y los arrojaron a un profundo barranco bastante alejado de allí. Zenker, entretanto, recogió las abandonadas y enmohecidas armas y cuanto pudiera denunciar la presencia de extraños y los ocultó debajo de unas piedras.

Cuando los despojos hubieron desaparecido, los bandidos cavaron la fosa y terminada ésta, Zenker advirtió:

—De momento no hay nada que hacer aquí. Vámonos.

Jack pareció satisfecho del trabajo, aunque demostraba cierta inquietud por la alusión que su jefe había hecho respecto al futuro ocupante de aquella fosa.

Regresaron al poblado y Zenker buscó un figón dónde comer con ellos en una especie de reservado, en el que pudieran hablar sin testigos.

Después de una buena comida y de hacerles beber lo suficiente para exacerbar sus nervios, exclamó:

—Bueno, Jack, yo sé que tú eres hombre poco escrupuloso capaz de hacerte cargo de los trabajos más difíciles y voy a encargarte uno, advirtiéndote que te pagaré mejor que te he pagado nunca.

—Siendo así, pídame que le saque a. Alguien el corazón y me lo coma y soy capaz de hacerlo.

—No es preciso tanto, pero sí algo un tanto desagradable. Como te he dicho, necesito un cadáver para esa fosa que hemos dejado abierta y tengo la víctima que ha de ocuparlo.

—¿De quién se trata?

—De una muchacha joven.

—¡Peste! Eso es muy peligroso. En cuanto se eche de menos…

—No habrá mucho peligro en eso. Se trata de una infeliz de esas

que alegran la vida de los borrachos en los bares y tú sabes que muchas desaparecen súbitamente porque un día les sale al paso un hombre que se las lleva con él y nadie se preocupa de averiguar su paradero.

—Menos mal. Eso facilita el asunto.

—Bien, yo estoy citado con ella, a la caída de la tarde. La voy a llevar a cenar a algún lugar alejado y luego la propondré dar un paseo por los alrededores… Tú me esperarás con los caballos, te presentaré como un peón de mi equipo y cuando estemos en las afueras, a tu cargo dejo que no regrese más a Carson City, advirtiéndote que la muerte no debe ser con derramamiento de sangre, ¿comprendes?

—¡Oh, bien! —replicó el bandido mostrando sus enormes manos rudas y callosas— espero que una buena caricia con estas garras, sea bastante. He mandado a hombres al infierno con ellas, de modo que…

—En ese caso, estamos de acuerdo.

—En principio. ¿Cuántos billetes, va a valer eso?

—Dos mil dólares.

—Es poco. Hay trabajo de trabajos…

—¿Cuánto entonces?

—Doble la cantidad y añada algo de propina. La propina para este que actuará de enterrador.

—Bien, es un caso que no quiero discutir. Aceptado.

—Pues dígame dónde y cuándo debo buscarle.

—Verás, a las siete la recogeré; cenaré con ella. ¿Dónde crees que puedo hacerlo sin llamar la atención?

—En «El León de Oro». Dan bien de cenar y es sitio donde entra y sale mucha gente. Es difícil recordar todos los vaqueros que pasan por allí.

—Entonces, te espero sobre las diez. Te sitúas enfrente con los caballos y éste que se quede por los alrededores por si nos hace falta.

Se levantaron dispuesto a salir y Jack con siniestro humorismo exclamó:

—Bueno, patrón, que tenga una buena cena. Las despedidas hay que celebrarlas. Yo deseo que el día que me envíen al infierno, me llenen bien el estómago antes.

CAPÍTULO V

Texas hace un descubrimiento



la hora acordada, Zenker fingiendo su falso aire de vaquero fanfarrón y galante, esperaba a la joven frente a la salida del bar. No quería llamar la atención para que alguien le recordase cuando la muchacha fuese echada de menos. Cuanto más discreto se mostrase, más difícil sería seguir luego su pista.

La joven quizá dando al olvido la promesa de Zenker, abandonó el bar distraídamente, pero un siseo de su galanteador y una seña expresiva de éste la hicieron recordar la cita.

Ella pareció alegrarse y cruzando la empolvada calzada, se acercó a él.

—Bueno —dijo— de verdad que me había olvidado de usted… Es costumbre citar a larga fecha por compromiso y no acudir como es debido y por eso…

—Yo soy muy formal para mis cosas —aseguró Zenker—. ¿Acaso te habías comprometido con algún otro?

—No. Pensaba retirarme a mi pensión.

—¿Vives sola aquí?

—Sí. No tengo familia… al menos con la que tenga trato. Eso se rompió hace mucho tiempo, cuando yo me vi obligada a seguir esta

vida.

—Bien… ¿cómo te llamas?

—Esther.

—Bueno Esther, no creo que la cosa sea como para afligirse. Todos en la vida tenemos nuestras penas y lunares. Yo también tengo las mías, pero podemos olvidarlas cenando como príncipes y alegrando la velada con alguna botella de buen vino. Eso ahoga las penas y endulza la existencia.

—Como usted quiera.

—¿Te gustaría cenar, pongamos en «El León de Oro»?

—Sí, es un sitio muy alegre.

—Pues no lo pensemos más. Vamos para allá.

Cogidos del brazo, se encaminaron al elegante figón aludido por Jack. Estaba situado en una calleja sombría, algo alejado del centro, pero era uno local grande, espacioso, muy concurrido y con pequeños reservados en la parte alta.

Zenker arrastro a la joven hacia la escalera sin darle tiempo de exhibirse por si había en el local algún conocido de ella y eligió un pequeño reservado solicitando una espléndida cena, que hizo concebir a la muchacha esperanzas de que se trataba de un «cowboy» adinerado, o cuando menos que había tenido fortuna en el juego.

Zenker cenó con gran apetito y con un excelente humor. Su conciencia estaba ausente de su cuerpo y todo lo supeditaba a sus siniestros planes sin sentir jamás el menor remordimiento de conciencia.

Para solazar la cena, pidió unas cuantas botellas de buen vino y tantas ocasiones como se le presentaban, tantas aprovechaba para obligar a su pareja a beber, pues pensaba que cuanto más mareada saliese del reservado, más fácil sería el siniestro trabajo de Jack.

La cena se prolongó hasta casi las once de la noche. La muchacha, un poco mareada, hacía protestas de amor eterno, rogándole entre hipos de angustia y abrazos exagerados que se la llevase con él lejos y la librase de aquella vida indigna que llevaba.

—Bueno, muchacha —afirmó— quizá pueda hacerlo. Te prometo echar cuentas. Me has sido simpática y quisiera hacer algo por ti. De momento, tenemos que pasar una noche ideal. Iremos un rato a algún baile, ¿te gusta bailar?

—Contigo, sí.

—Bueno, iremos a bailar, pero… querida, estás un poco mareada. Aquí hace mucho calor y has bebido de más. Creo que nos conviene tomar un poco el aire libre. Eso te serenará.

—Sí; creo que tienes razón. Ese vino tan rico se sube muy pronto a la cabeza.

—En ese caso, te propongo dar un paseo a caballo. ¿Sabes montar?

—Un poco.

—Pues ahí fuera tengo a uno de mis peones aguardando órdenes mías con los caballos de la brida. Montarás en uno y nos acompañará. Cuando regresemos, se irá con los caballos y tú y yo…

Hizo un gesto picaresco y después de abonar el gasto, la tomó del brazo y la sacó del reservado. La muchacha casi no se dio cuenta que salía de él.

Ya en la calle obscura. Zenker hizo señas a Jack para que se acercara. El rufián esperaba con los tres caballos, pues uno estaba destinado para la inocente víctima de sus infames maquinaciones.

Entre ambos, ayudaron a Esther a subir a la silla y colocándose uno a cada lado, abandonaron la calle dirigiéndose hacia las afueras.

La noche estaba bastante fresca y la joven sofocada exclamó:

—¡Qué delicia de aire! Creo que conseguiré despabilarme pronto.

Trotaron un buen trecho de terreno hasta alejarse del poblado más de una milla. Cuando se vieron a cubierto de ajenas intervenciones, Zenker propuso:

—Vamos a sentarnos un poco al borde de ese ribazo. Luego regresaremos al pueblo.

La ayudaron a apearse y Zenker se sentó sobre un saliente al lado de la joven, pero un tanto separado de ella. Jack, con el cigarro entre los dientes, fingió pasear un poco.

Pero colocándose a la espalda de la pareja, se arrojó súbitamente por la muchacha atenazándola por el cuello de modo inopinado…

Media hora más tarde, habían alcanzado el lugar donde quedara abierta la sepultura. Zenker se apartó mientras Jack se apeaba del caballo transportando el cuerpo de la joven y no tuvo valor para presenciar la operación.

El bandido fríamente, procedió a desfigurar el rostro de su víctima y cuando estimó que nadie podría reconocerla, la sepultó cubriendo de tierra la fosa.

Mientras, Zenker se había dedicado a confeccionar una tosca cruz con dos ramas de árbol y un trozo de cordel. Tenía que dejar todo aparentemente en forma, para que cuando Spack acudiese a la exhumación no observase ninguna contradicción en su relato.

Bajo el frío beso de la luna, único testigo de su repugnante hazaña, regresaron al poblado. Cuando entraron en él, Zenker extrajo algunos billetes de la cartera y entregándoselos al bandido, dijo:

—Toma, ahí tienes lo convenido. Ahora es conveniente que emprendáis el camino de Nevada City y esperéis allí órdenes mías. Os necesitaré para algo más espectacular pero aún no sé el momento.

—Está bien, patrón —dijo cínicamente el rufián— como habrá podido observar, aquí se hacen toda clase de trabajos con limpieza y eficacia. Que nos necesite usted pronto es lo que hace falta.

Zenker se retiró a su pensión y al otro día, se preocupó de hacer las gestiones precisas para encargar el mausoleo. Por indicación del encargado del cementerio, acudió a un lapidario que trabajaba en una choza de un descampado y ajustó con él el enterramiento.

La obra estaría terminada en el plazo de quince días y asintiendo, abonó por adelantado el importe y ya sin nada que hacer en Carson City, decidió regresar a Boixe.

Había perdido cinco días, pero los había aprovechado bien. De no tomar tales medidas, todos sus planes se hubiesen venido abajo antes de iniciarlos.

Lo que más le preocupaba ahora, era asegurarse de que Vera vivía. No le cabía duda alguna de que Texas la había salvado llevándosela con él al rancho donde en aquellos momentos debían estar reunidas las tres mujeres y el miserable se devanaba los sesos buscando una fórmula viable para poderles atacar con éxito eficaz en su propio refugio.

Si ello resultaba posible y conseguía llevarlo a término, Spack no llegaría a enterarse jamás de que su hija había sobrevivido más tiempo que el que creía y la herencia no se le escaparía de entre las manos.

Antes de entrar en la estación, adquirió un diario para entretenerse y lo guardó en el bolsillo, pero ya en el vagón, se recordó de él y decidió echarle una ojeada. Al hacerlo, sufrió un sobresalto. En una de las páginas interiores leyó un suelto que decía:

MUCHACHA DESAPARECIDA

«Ha desaparecido misteriosamente de Carson City, una joven llamada Esther Lewis, que prestaba sus servicios en uno de los más concurridos bares de la ciudad.

La dueña de la casa donde la joven se hallaba hospedada, extrañada por su larga ausencia, se presentó en el bar preguntando por ella, pero allí le dijeron que desde las siete de la tarde de hace dos días que salió del trabajo, no había sido vista por allí.

Se ha dado parte al sheriff, quien ha intentado algunas gestiones nada prácticas. Alguien ha declarado haberla visto aquella noche penetrar en «El León de Oro» en compañía de un vaquero, alto, bien formado, de unos treinta y dos años, pero aparte de que el camarero corroboró que en efecto habían cenado allí saliendo a las once de la noche, no se ha vuelto a tener noticias de ella.

Se interesa de quien tenga alguna nueva noticia se sirva pasar por las oficinas del sheriff a comunicárselas».

Zenker, un poco azorado, se guardó el periódico y aprovechando que estaba solo en el vagón, se apresuró a despojarse de sus ropas de «cowboy» guardándolas en el fondo de la maleta. Con su atuendo habitual, estaba seguro de no ser identificado.

* * *

Texas y Nino llegaron a Boixe un atardecer, precisamente al siguiente día de la partida de Zenker para Carson City.

Agradecidos a la obscuridad que les amparaba para no ser reconocidos, buscaron un hotel en las afueras y cuando se hallaron en su habitación, Nino preguntó:

—Bueno, manito, ¿y ahora qué?

—Pues ahora… no tengo plan alguno, pero tengo la intuición de que Zenker está aquí.

—¡La intuición!… ¿Qué es eso?



—Eso debía ser una albarda para colocártela hasta que la conocieses bien. Intuición es el presentimiento de acertar en algo

que se sospecha.

—¡Ah bueno, eso me parece algo mejor que la «insicrasia» creo yo!… ¿Y qué hacemos con tu intuición?

—Buscar a ese sapo.

—¡Ya! Iremos preguntando de puerta en puerta, ¿saben ustedes si anda por aquí un pringao que se llama Zenker, pero que no se llamará Zenker y que tiene a su cargo más crímenes que Billy a «El Nino»? De seguro que en el primer sitio que preguntes te dicen que sí y te lo presentan ya atadito y con la soga al cuello.

—Bueno va, como dices tú —replicó Texas—. Seguramente que eso es lo que se te ocurriría a ti hacer para buscarle, o a lo sumo, empezar a dar gritos en la calle llamándole pringao y retándole a sacar el revólver cara a cara. Yo sé hacer las cosas de otra manera.

—Pues estoy deseando ver cómo las haces, ¡maldita sea Sonora! Tengo que saldar con ese tipo este escozor que tengo en el hombro y creo yo que no me lo voy a curar si no me hago un emplasto o así con su cochina sangre.

—Bien, pues vas a saberlo enseguida. Acompáñame y no apartes la mano del revólver por si acaso.

Abandonaron el hotel y después de informarse donde estaban las oficinas del telégrafo, se dirigieron a ellas.

La suerte hizo que se encontrase solo el telegrafista y Texas, colocando un billete de veinte dólares sobre la tabla de la ventanilla, preguntó:

—¿Podría usted cursarme ese telegrama?

El hombre le miró con asombro y repuso:

—¿Qué telegrama? Aquí no veo más que…

—Ah, sí… bien, guárdeselo… es un obsequio mío que supongo no le impedirá el reglamento aceptarlo.

—¡Oh claro que…! Mientras no falte a mi deber…

—Comprendido. ¿Sería faltar a su deber informarme en lo posible sobre quién fue la persona que puso un telegrama en esta estación hace unos quince días? El telegrama estaba dirigido a Washington, se daba cuenta de la muerte en accidente de una señorita llamada Vera Spack y el despacho estaba firmado con una Z.

El telegrafista quedó un momento dudando y luego repuso:

—En efecto, recuerdo ese despacho y la persona que lo

transmitió, pero no sé si debo…

—Escuche: usted no puede facilitar los textos y el texto como verá lo conozco. Sólo trato de localizar a la persona con la que tengo que tratar un asunto urgente… Quizá mi nombre le diga algo como garantía: soy el capitán Jim Texas…

El telegrafista sonrió complacido al oírle y repuso:

—¡Oh, perdone! No le conocía personalmente, pero su nombre es para mí una garantía de honradez y cuando usted me asegura que tiene interés en encontrar a esa persona, debo creerle. Poco podré ayudarle, pero en fin. Se trata de un señor de unos sesenta años, con el pelo algo canoso pero fuerte, delgado de rostro, como si hubiese estado enfermo, tiene la nariz un poco afilada y viste sencillamente.

Texas reconoció rápidamente por la descripción al financiero Spack y se sintió un poco defraudado, pero pronto reaccionó. Si Spack sabía la fingida muerte de su hija, sólo podía haber tenido noticias de ella por haber sido localizado por Zenker, en cuyo caso ambos debían estar juntos.

—¿No podría usted indicarme dónde vive?

—No; le pregunté el domicilio para anotarlo, para el caso de ser devuelto el telegrama y me dijo que era difícil dar la dirección porque habitaba en una casita aislada de los arrabales de la población. Es cuanto puedo comunicarle.

—Bien, le quedo muy agradecido por la información. Quizá con esos pocos datos no sea difícil encontrarle.

—Hay bastantes casitas fuera del casco, pero no tantas que resulte imposible.

Texas repitió las gracias y discretamente volvió al hotel con el mejicano.

—Bueno, ¿qué me dices de mi intuición?

—¡Repinto!… que es algo formidable creo yo. Ahora sólo falta, ir preguntando de una en una: ¿vive aquí un millonario que fue ahorcado hace tiempo, que nadie sabe cómo se llama desde que resucitó y un tipo llamado Zenker que tampoco sabe nadie que nombre usa? Y claro, con esos datos, pues enseguida.

—Veo que por fortuna eres bastante bruto.

—Bueno va, si tú lo dices…

—Yo lo digo. Aparte de que no son muchas las casas aisladas,

Spack habrá buscado una pequeña para él solo donde nadie pueda intervenir en su asuntos. Creo que una especie de chabola así, será más fácil localizarla.

—Pero…

—¡Cállate! No vamos a preguntar por nadie, sino a vigilarlas, a pasar ante ellas, a ver quién entra y quién sale. Acaso sea una tarea de dos o tres días, pero no hay otra solución.

—Claro, y si en lugar de descubrirles nosotros, nos descubren antes… El saludo será ruidoso.

—Algo hay que exponer. No sé de otro procedimiento. Tú vigilarás unas y yo otras, procuraremos disfrazar un poco nuestros tipos y…

—No estará mal, por ejemplo, que me deje aquí veinte libras o así de carne para que no me conozcan por el tipo.

—No estaría mal, pero… puedes dejarte ese precioso bigote…

—¿El bigote?, ¡maldita sea Jalisco! ¿Tú quieres convertirme en el hazmerreír de las chulas del rancho o así?

—No hay más remedio que sacrificarse, Nino, a menos que prefieras meter el bigote lo primero y por él te coloquen otras cuantas onzas de plomo en el cuerpo.

—Bueno, ¡maldita sea Guadalajara! Siempre me toca bailar con la más fea.

—Te doy permiso para que te pases la noche acariciando tu precioso adorno capilar y te despidas de él. Mañana por la mañana quiero verte mondado.

El mejicano rezongó un buen rato maldiciendo de todos los estados mejicanos, pero a la mañana siguiente apareció rasurado fieramente.

—¡Así no me crezca más en mi pringosa vida! —rugió—. El día que tropiece con ese chacal, creo yo que me voy a fabricar uno con su cabellera que me va a llegar a las orejas y me voy a dar cien vueltas con él.

Texas sin hacer caso de sus reniegos, le dio orden de despojarse de sus típicas ropas para embutirse en otras más de ciudad que le había hecho llevar. Aunque no mucho, Nino aparecía bastante desconocido con aquel atuendo y aquel rostro moreno y mofletudo, falto de su fino y precioso bigote.

Texas, por su parte procedió también a cambiar el clásico

atuendo del rancho vistiendo una larga americana negra, camisa blanca, pantalón gris y altas botas, adquiriendo un aire muy similar al de los conocidos tahúres. Con un par de revólveres al cinto y los bolsillos cargados de proyectiles, abandonaron el hotel, decidiendo iniciar la búsqueda por su derecha para dar la vuelta a los arrabales del poblado si era preciso.

Ya fuera del casco, descubrieron algunas casitas perdidas en la aridez del terreno. Texas las examinaba desde lejos y calculaba las posibilidades de acertar con la que buscaban.

La mayoría le parecieron granjas o villas particulares y el hecho de ver en las pequeñas huertas chiquillos jugando, o grupos de personas le hizo desecharlas para sus investigaciones.

Texas indicó a Nino que se separase de él siguiéndole a distancia y avanzó hacia una aislada casita. Cruzaría ante ella para examinarla de cerca y echar un vistazo a través de la verja de hierro que cerraba la huerta.

Al cruzar despacio por delante del enrejado, sintió un estremecimiento de alegría en la medula. Sentado en un banco junto a la puerta, con un libro entre las manos, acababa de descubrir la silueta de Spack, el cual parecía haber envejecido diez años desde que no le viera. Su pelo aparecía más canoso, su rostro más afilado y de un tinte amarillento y sus hombros se hundían como si se hallase agobiado por una fatiga extremada.

La noticia de la supuesta muerte de su hija debía haberle afectado hondamente y ya no era el hombre arrogante y desafiador que él había conocido en sus primeros encuentros.

Tan ensimismado estaba en la lectura del libro, que no se dio cuenta de que Texas se había detenido involuntariamente frente a la puerta y le contemplaba con avidez.

El anciano financiero parecía rezar. Sus labios temblaban como si musitase una oración y su cuerpo se estremecía a intervalos.

Jim reaccionó y se separó vivamente de la verja. No veía a Zenker y temía verle surgir de un momento a otro siendo reconocido por él.

Tras un examen rápido pero profundo de la verja, se retiró uniéndose a Nino. Este preguntó:

—¿Has visto algún fantasma, manito?

—Sí, Nino. He visto el fantasma de Spack, pues un fantasma

parece por lo envejecido que está.

—¿Que dices, maldita sea Sonora? ¿Que está ese pringao ahí?

—Sí, sí pasas, le verás sentado leyendo un libro.

—¿Y no le has dado cuatro tiros o así?

—No, no se los he dado. Es Zenker a quien pretendo cazar y a ése no le he visto.

—¡Repinto! Pues no hay más que entrar y ya asomará su asquerosa nariz, creo yo.

—No creas nada, Nino. Podía ocurrir que asomara antes su revólver. Zenker sabe que no tiene salvación y peleará hasta la muerte. No se puede entrar si no es saltando la verja y antes… recibiríamos una rociada de tiros.

—¿Que pretendes hacer entonces?

—Más vale maña que fuerza. Primero me interesa saber si Zenker está dentro. Quizá haya salido y debe volver. Si no es así, lo conveniente es esperar a que alguien entre o salga franqueando la entrada. Entonces, podíamos caer por sorpresa sobre Spack y anularle. Si no puede ser esto… tendremos que asaltar la finca de noche y ganarles la acción por la sorpresa.

—No te conozco, manito. Cada día te vuelves más diplomático y eso te va a costar muchos agujeros en la piel. Yo prefiero hacerlos antes de que me los hagan.

—Cuando te nombre mi jefe, harás lo que te parezca.

Texas examinó el terreno y eligiendo un par de gruesos árboles que se erguían cerca de la casita, dijo:

—Ocúltate lo mejor que puedas detrás de aquél y yo lo haré detrás de éste. Si alguien saliese o entrase, trataremos de aprovechar el momento para penetrar en la huerta antes de que Spack o quien esté en ella pueda prevenirse. Déjame tomar a mí la iniciativa y limítate en todo caso a apoyarme con el revólver en la mano.

Nino se apresuró a esconder su voluminosa figura lo mejor que pudo tras el grueso tronco y Texas más delgado, no encontró dificultad en esconderse completamente. Llevaban una hora de paciente espera, cuando la puerta de la verja se abrió y la silueta escuálida y encorvada de la vieja sirvienta apareció en el vano.

Texas vaciló, pero al observar que llevaba un pequeño cesto en la mano, comprendió que iba al poblado a comprar y decidió estar

preparado para su vuelta.

Hizo una seña a Nino y este se unió a él.

—Vamos a seguirla —dijo— quizá haya forma de entablar conversación con ella y sacarle algún detalle interesante.

Nino se llevó involuntariamente la mano al lugar donde había tenido el bigote e hizo un gesto de rabia; luego afirmó:

—Podía haberla hecho el amor, pero ¡maldita sea Jalisco! ¡Si es un loro disecado!

—No hará falta, ya encontraremos algún pretexto.

Los dos siguieron a la vieja que se internó en el pueblo recorriendo los almacenes en busca de artículos para condimentar sus guisos y por fin, pareció terminar sus compras cuando ya el cesto se encontraba repleto. Entonces Nino inspirado repentinamente, cruzó junto a ella y de un empellón arrojó el cesto a tierra.

CAPÍTULO VI

La mentira y la verdad

A vieja indignada, se revolvió contra el mejicano lanzando improperios contra él, pero Nino solícito, se apresuró a recoger lo caído introduciéndolo en el cesto al tiempo que se excusaba por su torpeza.

—¡Oh señora!, ¡maldito sea Jalisco! ¡He sido tan torpe!… Perdóneme, yo no quise…

La vieja sin oírle, seguía increpándole y Nino desesperado, no acertaba a hacerla comprender que todo era resultado de una distracción.

Por fin aburrido llenó el cesto, se lo colocó en el brazo, tomó de uno a la vieja y medio arrastrándola gruñó:

—No rezongue más abuela, ¡maldita sea Sonora! Que van a creer que esto es una fiesta de circo.

Aunque tarde se dio cuenta de que era sorda como una tapia y dando unos gritos que atronaban la plaza, se hizo entender, prometiéndola llevarle el cesto hasta su morada.

La vieja se calmó agradeciendo la oferta y Nino más tranquilo, siguió arrastrándola del brazo hasta llegar a la villa.

Texas detrás muy divertido, les seguía sin darse a ver.

Aprovecharía la distracción de la vieja para entrar por delante de ella y sorprender a Spack si aún continuaba en el jardín.

Nino recordando su misión, se las ingenió para sacarle algún dato de los habitantes de la villa y la mujer sin malicia alguna, declaró que servía al señor Smith que estaba haciendo cura de reposo y que le acompañaba un amigo que ahora estaba de viaje.

Texas captó la declaración y respiró con desahogo. Si en aquel momento se encontraba solo en la villa Spack, el asunto iba a resultar más sencillo de lo que él había supuesto.

Cuando llegaron ante la puerta de la verja, la vieja abrió con la llave que había extraído del bolsillo y se volvió para reclamar el cesto que Nino seguía aprisionando en su brazo y Texas, aprovechando el momento, empuñó el revólver escondiéndole en la manga de su chaqueta y se deslizó por detrás de la criada penetrando en el jardín.

Spack que seguía con su libro entre las manos, levantó la cabeza al sentir crujir la arena del piso y por un momento, quedó indeciso al ver avanzar la silueta de un hombre a quien no reconoció en el primer instante, pero cuando de cerca se dio cuenta de quien se trataba, se levantó como impulsado por un muelle tratando de llevar la mano al bolsillo del pantalón donde debía tener, guardada la pistola, pero ya era tarde.

Texas había saltado sobre él aplicándole el cañón de su revólver al pecho y con acento incisivo, advirtió:

—No se mueva, señor Spack si no quiere quedar clavado en ese banco. Creo que le va a interesar a usted mucho que hablemos largamente en algún lugar reservado. Le advierto que vengo en son de paz si quiere admitirla, pero que también estoy dispuesto a continuar la guerra si ese es su propósito.

Spack con los ojos inyectados, en sangre por la rabia, miraba a la verja donde la vieja furiosa, increpaba a Nino que la empujaba hacia adentro después de cerrar y comprendiendo que ya no tenía escape, gritó:

—Déjelos… Váyase dentro; he de hablar con ellos.

La criada desapareció en el interior y Spack, cruzándose de brazos, exclamó sordamente:

—¿Qué hace, ya que no me asesina como a mi hija? Creo que me haría usted un favor activando sus planes.

—Quizá, pero no son esos. Haga, el favor de guiarnos a un lugar donde podamos hablar sin hacer brillar al sol los cañones de los revólveres. Tengo cosas muy interesantes que contarle a usted.

El millonario, desmadejado después de la brutal sorpresa, se volvió, adentrándose por la casa, y Texas, temiendo una reacción por su parte, se situó a su lado sin soltar el revólver, para impedir que su enemigo tratase de sacar el suyo en un esfuerzo desesperado.

Cuando se encontraron en un gabinete con una ventana que daba al jardín, Texas propuso:

—¿Quiere usted que hablemos sin pensar en las armas? Deje usted la suya lejos de su alcance y yo le prometo que nosotros haremos lo mismo. Lo que vamos a tratar quizá resuelva muchas cosas mejor que el plomo.

Spack se encogió de hombros. Se sabía perdido y nada podía intentar para evitarlo.

—En este bolsillo está mi revólver —dijo.

Texas lo extrajo y entregando los suyos a Nino, advirtió:

—Quédate vigilando en la puerta. Lo peor que podía sucedemos es meternos en la ratonera y esperar a que el cazador nos espere a la salida.

Cuando el mejicano abandonó la estancia, Texas, sonriendo, exclamó:

—Me hago cargo de la sorpresa de usted al encontrarse conmigo cuando estaba muy lejos de sospecharlo, pero usted mismo me ha dado la pista.

—¿Yo?

—Sí. Su telegrama a Washington anunciando la muerte de su hija me ha servido para llegar hasta aquí. Creo que en otra ocasión esto hubiese sido para usted una imprudencia mortal. En esta, quizá sea un beneficio que se ha hecho sin darse cuenta.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderá. ¿Dónde está su yerno?

Spack apretó los dientes, barboteando:

—No se lo diré aunque me destroce. Confío en que sea él quien vengue la muerte de mi hija y la mía.

—Observo que vive usted en el mayor de los engaños y me alegro haber llegado cuando él no se encuclilla aquí. De otra forma, las explicaciones se hubiesen realizado a tiros, con perjuicio de

usted.

»No es preciso que me diga dónde está… espero que lo haga no tardando mucho. Ahora sólo me interesa decirle que si durante algún tiempo ha estado usted expuesto a caer noblemente ante mi revólver, ahora está usted al borde del sepulcro, con la casi seguridad de caer en él empujado por la alevosa mano de Zenker.

—¡Mentira! Zenker es mi yerno, mi aliado, el enemigo de usted y no mío.

—Está usted en un error. Zenker está maquinando su muerte, porque aspira a apropiarse la herencia de Vera.

Spack al oírle, quedó tenso. La insinuación de Texas había herido una fibra sensible en su imaginación, porque conociéndole a fondo, le sabía falto de escrúpulos para guardarle lealtad incluso a él mismo.

—¿En qué se funda usted para asegurar eso? ¡Él no mató a mi hija, fue usted quien quiso herirme dándome ese golpe terrible!

Texas le miró fríamente, contestando:

—Sigue usted en un error enorme. Fué Zenker quien intentó asesinar a su hija, junto con el propio hijo de él.

—¡Falso! ¡Pruébemelo!

—¿Qué sucedería si pudiese probárselo?

—Que desharía con mis propias manos a ese monstruo.

—Bien. ¿Quiere usted decirme qué le ha contado respecto a la muerte de su hija?

El financiero repitió el relato de Zenker y cuando terminó de hablar, Texas sonrió con humorismo cruel.

—Es un buen tejedor de patrañas… ¿Se quedaría usted convencido si fuese su propia hija la que desmintiese ese cuento?

Spack creyó que el corazón se le saltaba del pecho al oír la pregunta y, avanzando, asió con trémulas manos la chaqueta de Texas, rugiendo:

—¿Qué ha dicho usted?… ¿Mi hija? ¿Acaso quiere decirme que está viva?

—Justamente es lo que he querido decir. Su hija no sólo está viva, sino que en estos momentos está en mi rancho con Stella y Daphne.

—¿En calidad de prisionera?

—En calidad de amiga. Vera no sólo se arrepintió de su

actuación pasada, sino que me salvó la vida una vez en Elko y yo se la salvé dos veces. Una, cuando su propio marido quiso apuñalarla en el tren y otra, cuando la dejó encerrada en una cueva de las afueras de Carson City, para que muriese de hambre y sed en unión de su propio hijo, y ahora, escuche la verdadera historia de todo lo sucedido desde que usted cayó en mis manos, cuando pensaba arrojarme al mar.

Texas hizo un relato detallado de todo lo ocurrido, en tanto que el millonario le escuchaba sombríamente, clavándose las uñas en las palmas de las manos durante los pasajes más dramáticos del relato.

Cuando Jim terminó, de hablar, Spack se levantó y avanzando hacia él, exclamó:

—¡Pruébeme que mi hija está viva y libre en su rancho y pídame la vida si la desea! Comprendo sus puntos de vista y le juro que sí es verdad cuanto me ha contado, sólo viviré para vengarme de ese monstruo. En cuanto a usted, acepto el ofrecimiento que dice haberle hecho mi hija en mi nombre y no sólo renuncio a luchar con usted, sino que pongo a su disposición mi fortuna para emplearla en favor del bien.

—Pues esto es muy sencillo. Véngase usted conmigo.

—¿Dónde?

—A telégrafos. Vamos a poner un telegrama al rancho y quiero que lea usted el texto. La contestación deberá venir a su nombre rápidamente.

—Bien, vamos… No dudo de su palabra, pero es tal el trastorno que me ha producido la noticia, que parece que necesito una confirmación categórica para tranquilizarme.

Ya en la puerta, Texas le detuvo.

—Un momento. ¿Dónde está Zenker? Comprenderá que no voy a dejarme sorprender de él.

—No se preocupe. Zenker no está en Boixe. Ha ido a Carson City a preparar todo para exhumar el cuerpo de mi hija y darle sepultura en el cementerio de dicha localidad.

Texas silbó de un modo especial y comentó:

—¿Y qué va a suceder ahora, cuando descubra que ya no están allí los cuerpos de sus dos víctimas?

—No sé y siento curiosidad por saber cómo trata de resolver el conflicto. Si es cierto lo que usted asegura, no sé cómo podrá

presentarme el cadáver de Vera.

—Yo también siento curiosidad por saberlo. Vamos.

Ya en las oficinas de telégrafos, Texas redactó un telegrama dirigido al rancho, que decía:

«Querida Stella:

»Llegamos bien. Todo marcha buen camino. Di a Vera que encontramos a su padre. Éste desea de ella confirmación de su buen estado de salud. Que conteste a nombre de. . .

—¿Qué nombre usa usted aquí? —preguntó, dirigiéndose al financiero.

—Zeb White.

. . Zeb White. . que le diga algo sólo de él conocido para que no dude de que es cierto.

«Texas«

—¿Le parece a usted bien? —interrogó a Spack—. Si le dice algo que yo ignore, supongo que no tendrá usted duda.

—No, no la tengo ya, Texas. Sé de su caballerosidad, pero ardo en deseos de que sepa que estoy bien y tener algo tangible de ella que acabe de convencerme de que es verdad tanta dicha. Si acabo de convencerme, será usted para mí el hombre más grande de la tierra y me convertiré en su esclavo para siempre.

—No preciso tanto, señor Spack. Me bastará con acabar con ese monstruo de Zenker y con que se deshagan todas las maquinaciones tejidas para perjudicar a la nación y a tantos infelices como se les ha perjudicado.

—Le prometo que haremos todo eso y más. Tanto mal como he podido hacer, quiero convertirlo en bien.

Regresaron a la casita y ya allí, Texas advirtió:

—Ahora hay que trazar un plan para cazar a Zenker. Quiero fiarme de usted y aceptar su colaboración para ello.

—Le suplico que me deje con él a solas diez minutos. Bastarán pata acabar con ese maldito traidor.

—No, podría fallarle el pulso. Por otra parte, quiero saber sus planes futuros. Puede tener organizado algo que ignoramos y resultar víctimas *a posteriori* de esos planes. Prefiero otra cosa.

—Hable. Haré cuanto usted me diga.

—Usted ha sido siempre hombre de temple; demuéstremelo ahora, no dándole a entender que conoce usted la verdad.

—¿Qué voy a ganar con ese juego tan peligroso?

—Darle largas para que descubra los planes que tiene entre manos. Seguramente que sí ha descubierto que falta el cadáver de su hija en la cueva, algo habrá preparado contra usted y contra nosotros. Necesitamos saberlo y lo mejor es dejarle en la creencia de que usted secunda sus torcidos planes. Esto le confiará, salvará su vida y le llevará derecho y por su propia iniciativa a meterse dentro del cordel que debe ahorcarle. Esta es mi opinión.

—¿Y usted cree que yo puedo disimular, convivir con él y no descubrirme, sabiendo que por dos veces ha intentado asesinar a mi hija, la que si no hubiese sido por usted a estas horas se estaría pudriendo bajo tierra?

—Es lo que pretendo y por ello apelo a su entereza. Saber vengarse es lo más emocionante… Mi propósito es que quede declarado oficialmente como un asesino, sin perjuicio de adelantarme a la justicia humana.

Spack luchó durante algunos momentos contra su propio instinto y por fin, realizando un esfuerzo, afirmó:

—Lo voy a intentar por usted. Me costará el trabajo más grande de mi vida. Soy un impulsivo, no sé disimular mis odios ni mis afectos, pero lo intentaré. ¿Y después?

—Voy a buscar un hospedaje lo más próximo a este lugar para estar cerca de ustedes. No quiero que nos visite por si las suspicacias de ese chacal le mueven a seguirle, pero en ese árbol de la derecha, he observado un hueco. Deje escrito en él lo que suceda o lo que acuerden y lo demás corre de nuestra cuenta.

El tiempo transcurrió refinando planes y tratando de prever

contingencias imprevistas, hasta que ya de noche y después de haber comido con el financiero, llegó un telegrama para él.

Spack lo rasgó con mano temblona, leyendo:

«Querido padre:

»Soy la mujer más dichosa del mundo al saberte bien de salud. Venera a ese hombre como me veneras a mí. Acuérdate del día que recé ante la tumba de mi madre. Fué el único acto leal de mi vida.

»Vera».

El financiero dejó caer el telegrama, sollozando:

—¡Ahora sí, Texas, ahora sí que lo creo! Ese recuerdo que ella cita es su refrendo. Aquel día, lloró como un ángel ante la tumba de su madre, prometiéndola ser buena, y… ¡yo tuve la culpa que no lo fuese!

—Olvide usted eso ya. La vida ha cambiado. Nunca es tarde para ser bueno, cuando sinceramente se desea dejar de ser malo. El panorama se aclara para todos y sólo falta suprimir la mala hierba que queda. El día que así suceda, todos seremos felices y el vernos redimidos de nuestras culpas, hará que esa felicidad sea, más honda.

Texas decidió marchar, pero antes era preciso evitar que la vieja criada cometiese una indiscreción y Spack se encargó de arreglarlo. La llamó y tras entregarle una buena cantidad de billetes, le exigió a cambio el más absoluto silencio sobre la visita que había recibido.

—Bueno, manito: eres grande o así para arreglar las cosas. Me hubiese gustado, creo yo, ver la cara que hubiese puesto ese pringao de Zenker, de haber podido escuchar por un agujero lo que has hablado. El día que estalle, ¡maldita sea su corazón!, se va a envenenar el aire con su aliento.

Y se encaminaron al poblado, satisfechos de la jornada.

CAPÍTULO VII

COGIDO EN LA TRAMPA

ENKER regresó a Boixe una mañana, encontrando al millonario, como siempre, sentado en el banco del jardín, con el libro entre las manos. Parecía nervioso y abatido y el astuto secretario no le despertó su actitud sospecha alguna, pues le creía aún bajo los efectos de la trágica noticia.

Spack, al verle, se levantó, cansado, diciendo con voz lánguida:

—¡Oh, Zenker, cuánto ha tardado usted! Estoy deshecho.

—Lo comprendo, señor Spack, ha sido un golpe muy rudo y usted ya no es un niño para soportarlo con la entereza que yo…

—¿Dónde ha estado usted tanto tiempo?

—En Kansas City y en Nevada City. Al primer sitio, fui a encargar el mausoleo para la infeliz Vera y al segundo, a revisar a nuestros hombres. He reunido una cuadrilla de dos docenas de tipos duros y estoy dispuesto a dar la batalla en gordo. Si Texas no se decide a salir del rancho con esa gente, me siento capaz de entrar en el corazón de él y darle muerte. ¡Le juro que Vera no se quedará sin vengar!

—Yo también lo juro, Zenker —exclamó el millonario con exaltación—. Es la única cosa buena que me queda por hacer en el

mundo.

—Pues quedará usted satisfecho, señor Spack.

El financiero, realizando heroicos esfuerzos para disimular el odio feroz que se había encendido en su pecho contra el secretario, le pidió detalles de su viaje y él se los dio con todo lujo, poniendo en sus palabras un falso patetismo que hubiese engañado a cualquiera.

—¿Cómo está la sepultura de mi hija?

—Igual que yo la dejé, no pase cuidado por ella. Es un lugar abrupto y nada frecuentado y por allí no circula nadie.

—¿Cree usted que la reconoceré cuando la saquemos?

—No sé qué decirle, señor Spack. La tierra come mucho… la carne se descompone… pero espero que ello sea posible.

Había tal aplomo en las afirmaciones del secretario, que Spack se sintió confuso. ¿Qué habría preparado aquel granuja y qué cadáver sería el que trataría de hacer pasar por su hija?

Ardía en deseos de comprobarlo y preguntó:

—¿Cuándo nos vamos, Zenker?

—Pues… debemos esperar aún unos días. Están construyendo el mausoleo y sería para usted un tormento encontrarse allí sin poder proceder a la exhumación.

Durante varios días, la situación no cambió sensiblemente. Spack se mostraba huraño y taciturno, evitando hablar con Zenker todo lo posible y cuando lo hacía, ocultaba su nerviosismo hostigándole para que adelantase cuanto más pudiese la fecha de marchar a Carson City, tratando de saber qué día escogía.

Zenker lo demoraba con la intención de que cuanto más tiempo se hallase bajo tierra el cuerpo de la infeliz Esther, más desconocida se encontrase, pero tanto insistió Spack en marchar, que un día afirmó:

—Prepárese. Mañana nos vamos.

—¡Por fin! Creí que no llegaría nunca.

—Es la fecha que me dieron para tener listo el mausoleo. No lo he demorado por mi gusto.

Aquel día, cuando Spack salió a dar su acostumbrado paseo por los alrededores de la finca, depositó en el hueco del árbol un escrito que, ya de noche Nino retiró, entregándoselo a Texas. El escrito decía:

«Mañana partimos para Carson City. Dice Zenker, que no lo hemos hecho antes porque estaban construyendo el mausoleo para trasladar el cuerpo de Vera. Se muestra muy sereno, afirmando que se hará la exhumación. Tiemblo, al pensar que pueda encontrar otro cadáver en el lugar que debía hallarse ella».

Texas también se estremeció al leer la afirmación. Sabía de lo que era capaz el cruel secretario y no dudaba de que habría cometido algún nuevo crimen, solamente para poder ocultar el que creyó haber cometido y no cometió.

Rápidamente escribió algo en un papel, lo mandó depositar en el escondite y dijo a Nino:

—Prepárate. Aún podemos alcanzar el tren de esta noche. Nos adelantaremos a ellos y llegaremos con doce horas de anticipación. Quiero echar un vistazo al lugar del crimen y tenerlo todo preparado para la sorpresa.

—¿Cuál es tu idea?

—Cazarle cuando haya desenterrado el falso cadáver. Hemos de averiguar a quien pertenece y acusarle de un nuevo crimen. Esta vez lo haré delante del *sheriff*.

Apenas llegaron a la ciudad, Texas no perdió el tiempo. Contaba con muy pocas horas y quería aprovecharlas para dejar todo bien ultimado.

En compañía de Nino, se trasladó a las cortadas donde dejó tumbados a los rufianes y pronto comprendió que Zenker había visitado tan exótico lugar. Los cadáveres de los forajidos habían desaparecido y una cruz que se erguía cérea de la cueva, le indicó que allí reposaba alguien que debía pasar por el cuerpo de Vera.

Después de examinar atentamente el terreno, indicó unos amontonamientos de piedras y plantas silvestres, diciendo:

—Tú y yo nos esconderemos en este lugar para surgir en el

momento preciso.

—¡Precioso, manito! —afirmó el mejicano—. Va a ser una función que no me la perdería yo ni… ni por el caballo del señor Atila.

Abandonando las cortadas, Texas ordenó a Nino que se volviese al hotel y él se dirigió en busca del *sheriff*.

James O'Conor era un tipo de estatura regular, rostro sanguíneo, ojos azules que parecían mirar siempre con melancolía y un bigote canoso y poblado, que casi le cubría los labios. Tenía las piernas muy arqueadas de montar a caballo y unas manos grandes y callosas que parecían dos soplillos.

Texas se presentó a él dando su nombre y James, estrechando su mano, exclamó:

—Estoy muy enojado con usted, señor Texas.

—¿Por qué?



—Por no haber solicitado mi ayuda cuando su asunto aquí. De haberme dicho lo que sucedía, aquel terrible incendio no se hubiese producido y a estas horas el forajido estaría pudriendo su esqueleto de la rama de un árbol.

—No pudo ser, señor O'Conor; Lo supe con los minutos justos. Había venido a Carson City a otro asunto, pero aquel demonio estaba trabajando por su cuenta y coincidimos. De todas suertes, nunca es tarde; precisamente vengo a ponerlo entre sus manos de una vez para siempre.

—¿Qué dice usted? ¿Que está aquí?

—No, pero llegará dentro de unas horas.

—¡Oh, bien! Bajaremos a la estación a recibirle con los fuegos de artificio que se merece.

—No haremos eso. Tengo otra idea más eficaz para cazarle, porque necesito comprobar si ha cometido un nuevo crimen y acusarle ante el cuerpo del delito. Escúcheme y dígame qué le parece mi plan.

Texas estuvo hablando un gran rato, mientras el *sheriff* le escuchaba complacido y cuando dio fin a su peroración, exclamó:

—¡Magnífico! Será algo muy espectacular. ¿Estará usted allí?

—De modo imprescindible; no olvide que es un sujeto peligrosísimo y que sabe que si cae no hay salvación para él.

—Bueno, pero tendrá que contar con nuestros revólveres. Yo también asistiré al bonito acto.

—¡Cuidado! Si sospechase algo…

—No se preocupe. Le prometo que no sabrá quién soy hasta el momento preciso. Déjeme que prepare yo todo el aparato. Será algo muy divertido… para él. Ustedes escóndanse en el sitio elegido y de lo demás no se preocupen.

Texas se retiró al hotel y le extrañó no encontrar a Nino en su habitación. Sospechando que estaría aprovechando el tiempo para emborracharse, bajó al bar donde tampoco dio con él, pero al atravesar ante la pequeña sala que servía de descanso y de recibo, le encontró medio tumbado sobre una mecedora, columpiándose, con una revista en la mano y un buen vaso de whisky sobre una mesita.

—¿Dándote aires de gran señor, Nino? —preguntó.

—¡Phs!… No he querido mezclarme con esa gentuza del bar, porque a lo mejor, crees que me estoy emborrachando o así.

—¿Y ese vaso que tienes delante de ti?

—Es para hacer ganas de comer, manito… Llevo una temporada que no trago nada si no abro antes el apetito.

—Te compraré un purgante. Será mejor.

—¡Qué va! ¡Si esto me sienta mejor que un tiro en los riñones! Pide un vaso, manito, ¡maldita sea Sonora!, que hace un siglo que no bebes. Podemos brindar por el éxito de tus planes.

Texas se dejó seducir y pidió un vaso de *whisky*. En tanto se lo servían, revolvió el montón de revistas y periódicos atrasados que había sobre la mesa.

Les echaba una ojeada distraída, cuando, súbitamente quedó tenso, con los ojos clavados en el epígrafe de una noticia; luego, la leyó atentamente y después buscó la fecha de la publicación.

Cuando se hubo enterado de todo, entregó el diario a Nino, diciendo exaltado:

—Lee eso. ¿Qué te dice?

El mejicano leyó el suelto y contestó:

—¡Bueno va, manito! Eso de que una muchacha de un bar desaparezca, es cosa corriente, creo yo. Aquel vaquero guapo que cenó con ella en «El León de Oro» se la llevaría una temporada y…

—Bueno, no sirves para comisario, Nino. Mira la fecha del diario.

—Bien, es de hace doce días.

—Justamente. Hace doce días, estaba aquí Zenker… Éste necesitaba el cadáver de una muchacha para sustituir al que no encontró de Vera… Seré muy suspicaz, pero juraría que el cadáver que mañana van a desenterrar es el de esa infeliz.

El mejicano se le quedó mirando con los ojos muy abiertos y apurando de un sorbo el contenido del vaso, masculló:

—Manito, deja que me limpie el susto del cuerpo, ¡repinto! Creo que tienes mucha razón, ¡maldita sea Jalisco! Bueno, como así sea… ya va divertido ese tipo.

—Apostaría media hacienda a que he acertado. Zenker es demasiado listo para dejar las cosas a medias. Él ha prometido a Spack presentarle el cadáver de su hija y muy seguro está de ello, cuando acude a la exhumación. ¡Quisiera ver lo que ha hecho con esa desgraciada para poderla hacer pasar por Vera!

—Pues si no te mueres esta noche, lo verás, manito.

Y ambos, atacados de un nerviosismo poco común en ellos, se entregaron a una discusión sobre la posibilidad de sus sospechas.

* * *

Aquel mismo día por la noche, llegaron a Carson City, Zenker y Spack. El primero se apresuró a conducir al millonario a un hotel alejado de todo el foco de sus actividades anteriores y le instó para que durmiese sosegado, pues al día siguiente le aguardaba una dura prueba.

El millonario se retiró a su dormitorio, pero no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Sentía una horrible zozobra pensando en lo que iba a suceder al día siguiente y temía que cualquier contratiempo imprevisto echase por tierra los planes de Texas.

Por la mañana, Zenker le advirtió que iba a visitar al encargado de construir el mausoleo y si éste se hallaba concluido, arreglaría todo con el encargado del cementerio para el traslado.

Era mediada la tarde cuando regresó en busca del financiero. Parecía muy satisfecho y apenas entró en la estancia, advirtió:

—Todo arreglado, señor Spack. He gratificado con largueza y muy bien al encargado del cementerio y éste enviará una caja y tres hombres que se encarguen de la operación. El cadáver será exhumado sin ruido y trasladado al cementerio general. En su día, cuando todo esté concluido, podrá lanzarse a los cuatro vientos la verdad de la muerte de su hija.

—Bien, ¿cuándo iremos en su busca?

—A las seis. Es la hora en que he quedado en recoger a los hombres que han de llevar a cabo el desenterramiento. Serán discretos, pues he comprado su silencio.

Como había predicho, a esa hora, tres hombres rudos, vestidos de una manera bastante pobre y vulgar, esperaban a Zenker en los bajos del hotel. Se presentaron a él como los enviados por el encargado del cementerio y advirtieron que una carreta con la caja les esperaba en las afueras del poblado en un lugar ya convenido. Zenker que había alquilado un par de caballos para hacer el viaje más descansado, ofreció uno a Spack y esto subió a él, no sin antes asegurarse de que llevaba el revólver bien cargado en el bolsillo.

Los desenterradores les siguieron a pie, aunque el camino era largo, pero poco después, al unirse a la carreta montaron en ella y se dirigieron a las cortadas. La tarde se hallaba bastante avanzada cuando se introdujeron por aquel terreno áspero y herbóreo y la carreta hubo de ser dejada bastante atrás por no existir espacio abierto para que rodase.

Los tres ayudantes cargados con la caja, seguían a Zenker, quien decidido como hombre que conocía bien el terreno servía de guía.

Por fin, alcanzaron el pequeño descampado donde algún tiempo atrás se desarrollaron tan trágicos sucesos y señalando la cueva que aún conservaba en su entrada parte de las piedras amontonadas por

los bandidos exclamó sordamente:

—Aquí fue donde encerraron a la pobre Vera.

Y tomó un puñado de tierra besándola falsamente.

Spack fingió imitarle y el secretario girando a su izquierda, le condujo al lugar donde se erguía la cruz.

—¡Y esta es su sepultura!

Por un momento quedaron erguidos frente a la tosca cruz, con la mirada clavada en la tierra. Sus rostros reflejaban una emoción intensa, pero cada uno tenía un motivo adecuado para sentirla. El uno de ávida sorpresa y el otro de miedo por lo que pudiera surgir.

Los tres desenterradores a su lado, parecían indiferentes al acto, pero los tres por una rara coincidencia, tenían las manos metidas en los bolsillos derechos de sus raídas chaquetas. Por fin Zenker fingiendo un esfuerzo, ordenó:

—Caven en esa sepultura, pero tengan cuidado. Debajo hay un cuerpo a unos cuatro palmos de la superficie.

Los obreros se pusieron a la faena tanteando la tierra con cuidado y cuando estimaron que se acercaban a la profundidad indicada, dejaron los picos y con unas pequeñas azadas, continuaron extrayendo tierra hasta que poco a poco, fueron descubriendo el cuerpo de la infeliz muchacha.

Entre la tierra, el ya indicado período de descomposición y lo que los rufianes habían desfigurado el rostro de la muchacha, era imposible reconocer las facciones de esta. Solo se destacaba la mata de pelo y el cuerpo, de una altura aproximada al de Vera.

Con toda precaución fue extraído y depositado sobre la superficie dura de la tierra. Spack se quedó tenso mirándola y por fin exclamó:

—¿Esta es mi hija, Zenker?

—¿Lo duda usted, señor Spack?

—No, pero ¿cómo puedo reconocerla? Está completamente desfigurada…

—Tenga usted en cuenta que lleva enterrada muchos días sin protección alguna contra los gusanos.

—Es cierto… Sólo puedo fiarme de su palabra. ¿Me jura usted que este cuerpo es el de mi hija Vera?

—¡Se lo juro!

Súbitamente, una voz incisiva gritó frente a él:

—¡Mientes, asesino, falsario!

Zenker giró bruscamente la vista hacia el lugar donde había brotado la acusación y llevó la mano al bolsillo buscando el revólver al ver surgir ante él la silueta de Texas con el arma en la mano.

Pero algo le imposibilitó toda acción. Los tres desenterradores que se hallaban casi pegados a él, saltaron como tigres aferrándole reciamente entre dos, mientras el tercero apoyándole un objeto duro a los riñones, gritó:

—¡No se mueva amiguito, será mejor para usted! Se lo ordena James O'Conor, *sheriff* de este poblado.

Zenker como un rabioso poseído, forcejeó con indómita desesperación para zafarse la tenaza brutal de los ayudantes del *sheriff* y quizá lo hubiese conseguido de no surgir Nino, quien de dos zancadas llegó hasta él y atenazándole brutalmente por un brazo hasta casi tronchárselo, rugió:

—Bueno va manito, no me sea pringao y estese ya quieto o así, si no quiere que le haga ocho o diez pedazos… ¡Maldita sea Sonora! Que ya tenía ganas creo yo de poner mis manos sobre sus asquerosas carnes.

Su presión era tan brutal, que Zenker rugía como si le estuviesen quebrando los huesos con unas horribles tenazas y mientras el mejicano le retenía como a un pelele, el *sheriff* le colocó un par de recias esposas en los pies y luego, con ayuda de Texas otras en las manos.

Cuando quedó jadeante y maldiciendo tumbado como una res sobre la dura tierra, el *sheriff* que había asistido a la tragicomedia disfrazado de desenterrador, se acercó a Texas diciendo:

—Bien, capitán, supongo que estará usted satisfecho del modo que se ha llevado el asunto.

—Así es, aunque… hubiese preferido eliminarle de un tiro. Tengo muchas deudas pendientes con él, pero en esta ocasión, había algo que se salía de la cuestión personal para entrar en el terreno general de la Ley. Ese cadáver le libra de mi revólver para llevarle a la horca.

Luego, indicando a Spack que permanecía en pie erguido con la mirada clavada en el cuerpo de su secretario y la mano metida en el bolsillo, acariciando con rabia el mando de su pistola, exclamó:

—No haga lo que piensa, señor Spack. Yo lo hubiese hecho también antes que usted, pero debía ser como ha sido.

—¡Oh! Me cuesta un sacrificio enorme no deshacerle con mis propias manos. ¡Es la hiena más repugnante y maligna que he conocido en mi vida!

Texas se volvió hacia el *sheriff* indicando:

—El señor Claudio Spack, padre de la muchacha que debía haber ocupado esta sepultura de no haberla salvado yo de sus garras.

—Mucho gusto en conocerle y en felicitarle por la suerte que ha tenido de que usted interviniese tan oportunamente… Ahora, lo que hay que averiguar es a quien pertenece este cadáver.

—Yo se le diré… Creo que por una verdadera casualidad lo he averiguado. Lea esto.

Sacó del bolsillo el recorte del periódico que había encontrado en el hotel y se lo entregó. El *sheriff* apenas lo vio, dio un respingo gritando:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Tiene usted razón! Este no puede ser más que el cuerpo de esa infeliz muchacha que desapareció del bar hace unos días. No tardaremos en saberlo, pues sus compañeras la identificarán por las ropas.

Spack se acercó intrigado y Texas le dio cuenta del incidente que le había hecho leer el suelto de la desaparición de Esther, cosa que le dio la clave de la audaz maniobra del secretario.

—Claro —comentó— necesitaba un cadáver y tenía que buscarlo. Por eso le trajo a usted con tanta seguridad.

Spack, conmovido, se dirigió al *sheriff*:

—Escuche. Yo había encargado un mausoleo para mi pobre hija. Que lo destinen a sepultar el cuerpo de esta infeliz por mi cuenta, ya que no puedo hacer otra cosa por ella y si tiene familia, dígamelo para preocuparme de su porvenir.

—Muchas gracias. Haré las gestiones precisas.

Dio orden a sus ayudantes para que guardasen el cuerpo de la muchacha en la caja ya preparada y lo llevasen al cementerio y señalando a Zenker que les miraba con ojos de loco, exclamó:

—A este sapo lo atravesaremos sobre uno de los caballos y lo llevaremos a mis oficinas. Allí tengo un buen calabozo y lo encerraré hasta que le haga cantar.

Tomando el cuerpo del secretario entre sus robustos brazos, lo elevó sobre el caballo y cuidando de él fieramente, emprendieron el camino del poblado comentando las incidencias del suceso.

El *sheriff* había demostrado una gran sagacidad y sangre fría tomando el puesto de un desenterrador para acorralar al criminal y así, todo se había desarrollado tan a la perfección, que no hubo necesidad de provocar una lucha con derramamiento de sangre.

Cuando ya de noche llegaron al poblado, se dirigieron a las oficinas, donde O'Conor mostró a Texas y a Spack el sólido calabozo que como cárcel provisional había hecho construir para determinados presos. Poseía sólida puerta, un formidable cerrojo y nadie podía evadirse de él.

Texas quedó tranquilo respecto al lugar del encierro y pasando al despacho del *sheriff*, dio a éste los detalles que le fueron pedidos para redactar el atestado y el acta de acusación.

—El asunto es claro —afirmó el *sheriff*— pasaré el acta al juez y rápidamente será nombrado un jurado aquí mismo. Basta con el alevoso asesinato de esa infeliz, para que dentro de un par de días o tres esté bailando de una buena cuerda en la rama de un árbol. Márchense tranquilos a su hotel y yo les tendré al corriente de todo para que asistan al juicio.

—Al juicio y a la ejecución —afirmó Texas—. No me iré de aquí sin asegurarme de que queda bien muerto.

Y despidiéndose del representante de la autoridad, regresaron a la villa; sombríos pero satisfechos de la jornada.

CAPÍTULO VIII

Cuándo todo estaba perdido…



ENKER pasó una noche trágica amarrado con las recias esposas y tullido por la postura en que había quedado. La cabeza le daba vueltas, las sienes le ardían como volcanes y sus labios resecos parecían agrietarse por la ira que los resquemaban.

A medida que pasaba el tiempo en la soledad oscura de su prisión, iban precisándose en su mente los detalles de aquella mortal encerrona que no podía tener ya otro final que su muerte, y todo su temperamento salvaje y luchador se rebelaba contra ella.

El instinto nato del peligro que estaba corriendo, el más grande de su vida, porque se veía incapacitado para toda defensa y todo ataque, despertaba sus sentidos de una forma hiperestésica. No era hombre que se dejase colgar sin luchar hasta el último segundo de su vida y tenía que pelear con desesperación para buscar un resquicio por donde escapar.

Lo que más conturbaba su ánimo y le restaba serenidad para pensar en el futuro, era el darse cuenta de la habilidad y el disimulo con que todo se había llevado a cabo para atraparle. Siempre había dado un gran valor imaginativo a su terrible enemigo, pero hasta aquel momento no había medido justamente todo su ingenio e

inventiva.

Jamás pudo sospechar que fuese capaz de localizar al millonario y mucho menos, hacer con él las paces y convencerle para que le secundase en sus planes. Siempre había confiado en Spack porque le creía tan empedernido como él y dentro de su órbita de acción y aquel fracaso le encorajinaba de tal modo, que se prometía deshacerlo como a un pedazo de tierra, si por un milagro cualquiera conseguía evadir el cordel que se estaba tejiendo para su cuello.

Poco a poco, lo irremediable de lo ocurrido y el trágico porvenir que se le avecinaba, aclararon sus sentidos. No podía dejarse vencer por la desesperación y la impotencia y estaría perdido de modo irremisible y tenía que estudiar su situación, estrujar sus sentidos, forzar la inventiva para intentar algo que le librase de las garras de la muerte.

Durante toda la noche, estuvo haciendo trabajar su cerebro a marchas forzadas y cuando amanecía creyó haber encontrado una débil posibilidad de salvación, aunque esta posibilidad era muy remota y problemática.

El *sheriff* durmió muy poco aquella noche. Hasta altas horas de ella, permaneció ante su mesa redactando el informe voluminoso que debía presentar al juez al día siguiente y sólo cuando estimó que había quedado bien redactado con todos los detalles que debían apretar el dogal alrededor del cuello del preso, decidió tomarse un merecido descanso.

A la mañana siguiente, se levantó más fresco y animoso y asistido por uno de los ayudantes a quien había pedido que acudiese a su oficina para cuidar del preso en su ausencia, se dispuso a dar comienzo a su actuación.

Antes de marchar, dijo a su ayudante:

—Bob, ahí tienes una escudilla con café, torta y manteca. Ve a ver al preso y dale de desayunar. Una cosa es que tratemos de colgarle lindamente y otra que seamos más crueles que él y le dejemos morir de hambre.

El ayudante tomó la escudilla las llaves de las esposas para liberarle las manos y se dirigió al calabozo descorriendo el cerrojo.

Como el encierro carecía de toda luz, se había provisto de un trozo de vela de sebo y dejando la escudilla fuera, penetró con la luz buscando al preso.

Éste yacía de costado en tierra y cuando se acercó a él para invitarle a desayunar, retrocedió mirándole con espanto.

Zenker apareció con los ojos enormemente dilatados y por sus labios contraídos en una mueca trágica, arrojaba una cantidad fantástica de espuma blanca y esponjosa que imponía.

Impresionado, salió al pasillo y llamó a voces al *sheriff*. Éste, empuñando el revólver, corrió hacia el calabozo temiendo que sucediese algo imprevisto a su ayudante.

Bob, desde la puerta, señaló al prisionero diciendo:

—Me parece que si no está muerto le falta poco. Vea cómo se encuentra.

O'Conor avanzó con la vela en una mano y el revólver en la otra y al fijar sus ojos en la faz de Zenker, quedó tan impresionado como su ayudante. Aquel hombre debía estar agonizando y un sentimiento de humanidad mal entendido le movió a prestarle auxilio.

Se acercó a él enfundando el arma y le habló, le movió en todos sentidos, pero Zenker no parecía dar apenas señales de vida. Arrojaba constantemente espuma por la boca y respiraba angustiosamente, produciendo al hacerlo un ronquido impresionante.

—Sácalo a mi despacho. Vamos a intentar algo con él.

Le arrastraron hasta el despacho y allí O'Conor, trató de limpiar aquella espuma espesa como un trapo, pero era inútil, porque nuevas oleadas de ella salían de la boca del preso y cada vez parecía más angustiado al respirar.

Le abrió las esposas de las manos y le movió los brazos flácidos, tratando de intentar una reacción a costa de flexiones de los brazos y de masajes en el pecho, pero todo parecía inútil.

Desesperado, exclamó:

—Bob, ve a casa del doctor Larry que no vive lejos y tráetele para que vea a este tipo. No se perdía nada con que se muriese, pero no quiero cargar con la responsabilidad por abandono mío.

El ayudante tomó su sombrero y abandonó las oficinas, en tanto que el *sheriff*, briosamente, volvía a intentar normalizar su respiración con las, flexiones de brazos y los masajes en el corazón.

Zenker se hallaba tumbado en el suelo y el *sheriff* de rodillas a su lado. El enfermo con los ojos extraviados, parecía mirarle sin verle

y el representante de la Ley se sentía muy molesto al tropezar con aquellas pupilas vueltas y vidriosas.

De súbito, sucedió algo inexplicable contra lo que no pudo oponerse. El flácido brazo derecho de Zenker, se tensionó como un muelle de acero; con velocidad fulminante cayó sobre la culata del revólver del *sheriff* que se hallaba casi a su nivel a la distancia de veinte centímetros y el arma saliendo de la funda con la misma velocidad, pero terriblemente sobre su mentón en un movimiento hacia arriba, obligándole a emitir un gemido de angustia al tiempo que vacilaba y caía hacia atrás privado de sentido.

Zenker saltó incorporándose en el suelo y al ver caído al *sheriff*, estiró el brazo y le arrebató las llaves de las esposas, abriendo con celeridad las que aprisionaban sus piernas ya que las manos se las habían dejado libres.

Rabiosamente se puso en pie escupiendo con asco todo lo que almacenaba su boca. Un simple pedazo de jabón con el que había tropezado en el suelo de su celda olvidado Dios sabía cómo, le sirvió para toda aquella aparatosa comedia que podía significar su salvación.

Quiso echar a andar, pero lanzó una terrible maldición. Tenía los remos entumecidos y le costaba un trabajo ímprobo poder mover los pies.

Se apropió del revólver dispuesto a defender cara su vida si era sorprendido y rabiosamente se friccionó las piernas hasta mejorar la circulación de la sangre. Era vital para él adquirir libertad de movimientos o todo lo que había expuesto no le iba a servir para nada.

Por fin, a costa de un esfuerzo terrible, consiguió andar y medio a rastras, cruzó el pasillo alcanzando la corraliza que se abría a la espalda.

Su única esperanza real de salvación consistía en poder localizar el caballo del *sheriff*. Si lo lograba, los pocos o muchos minutos de que dispusiese hasta que fuese descubierto el *sheriff* en aquella situación, debía aprovecharlos para poner toda la distancia posible entre él y el poblado y si no encontraba el caballo, correría hasta donde se le agotasen las fuerzas y si era alcanzado, moriría matando.

Ferozmente salió a la corraliza y un rugido de salvaje alegría se

escapó de su pecho al descubrir la montura de O'Conor trabada en la pesebrera. Se abalanzó sobre ella, desató las bridas y no sin trabajo, consiguió subir a la silla después de levantar la tranca de madera que cerraba la tosca puerta.

Respirando con ansia, salió a una calleja trasera buscando los lugares menos concurridos hasta dejar atrás el casco del poblado. Sólo cuando se vio en las afueras, castigó rudamente al caballo obligándole a emprender un trote endemoniado hacia el bosque que cerraba el paisaje a un par de millas.

Por fin estaba libre. Su ingenio, su decisión, su tesón, habían triunfado una vez más sobre el ingenio y la astucia de sus enemigos. Ahora se encontraba solo frente a los que anteriormente fueron sus aliados, se sabía declarado proscrito por la Ley, pues ahora no se trataba de una lucha sorda y particular entre él y Texas sino una rebelión abierta contra el Código, pero se sentía con ánimos para luchar con todos y contra todos y en particular animado de la más encendida decisión para cobrarse las amarguras sufridas.

El ayudante del *sheriff* se entretuvo más de la cuenta. El médico no se encontraba en su domicilio cuando acudió en su busca y tuvo que dirigirse a la morada de un vecino a la que había sido llamado con urgencia.

El joven le explicó lo que sucedía y el médico exclamó:

—¡Qué cosa más rara! ¿Habrá rabiado de la impresión?

Al buen hombre no se le ocurría otra explicación al suceso.

Por fin se encaminaron a las oficinas y cuando entraron en ellas, una honda sorpresa les paralizó.

En tierra, perdido el conocimiento, acusando en el mentón el terrible golpe sufrido, se hallaba el *sheriff*. A su lado, se descubrían las abiertas y caídas esposas y éstas, así como la falta del revólver al cinto de O'Conor, les dijeron todo lo sucedido.

El ayudante palideció de rabia y el médico exclamó:

—Bueno, he venido para asistir a un enfermo y, tendré necesidad de preocuparme de otro. Aquel me parece que estaba tan malo como usted y como yo.

El ayudante, furioso, recorrió toda la casa inútilmente y cuando llegó a la corraliza, estalló en denuestos y maldiciones. El caballo del *sheriff* había desaparecido y aquello completaba la explicación.

Volvió al interior donde el médico atendía al *sheriff*.

El doctor, impotente, dijo:

—No puedo hacer más que dejarle que vuelva en sí por propio impulso. No se puede hacer otra cosa.

Se despidió recomendando que le dejaran reposar y el ayudante, aturdido, no supo qué hacer sin la dirección de su jefe.

Era casi mediada la tarde, cuando volvió en sí. Se quejaba de terribles dolores en la cabeza y en la mandíbula y apenas si se daba cuenta de su situación.

Por fin, una hora más tarde, consiguió recordar algo y al observar a su lado a su ayudante, clamó:

—¡Por Judas Bob, dime que ha sucedido!

—No lo sé, jefe… le encontré tumbado en tierra y el preso había desaparecido…

O’Conor emitió un rugido y recordando, gritó:

—¡Por el infierno! Marcha a la villa donde se encuentra el capitán Texas y dile lo que ha sucedido. He sido un estúpido y me parece que le he hecho un flaco servicio. Tendré que presentar la dimisión por idiota y él se sentirá con derecho a decirme todo lo desagradable que se le ocurra.

El ayudante se apresuró a correr a la villa a dar cuenta del suceso a Jim. Estaba seguro de que ya nada se podría intentar, salvo correr la noticia por todos los pueblos de la comarca por si alguien podía localizar al fugitivo y detenerle.

Texas bramó como un toro cuando tuvo noticias del trágico suceso. Ahora le pesaba como una losa no haber suprimido a tiros a aquel asqueroso reptil que aún debía dar coletazos terribles antes de caer proporcionándoles muchos y muy serios disgustos.

Spack, por su parte, se sintió abatido con la noticia, y Conocía aún mejor que Texas al sanguinario secretario y estaba seguro de que no les perdonaría la trampa en la que le habían hecho caer.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Texas? —preguntó aterrado—. Estoy seguro de que de aquí en adelante será aún más peligroso que nunca.

—¿Qué puedo intentar ya? Desde que ocurrió el hecho, ha tenido muchas horas por delante. Creo que no nos queda otra cosa que regresar a mi rancho y esperar allí a que dé señales de vida. Quizá entonces podamos jugar la última partida.

—Temo por todos. Por usted, por mi hija y por mí, aunque creo

que ahora daría gustoso mi vida si pudiese llevarme la suya por delante.

—Bien, aquí no nos queda nada por hacer. Iremos a visitar al *sheriff* y tomaremos el tren para California. Desde ahora en adelante, no viviré tranquilo lejos de mi rancho. Sólo vigilando de cerca a todos ustedes podré evitar cualquier sorpresa.

Mientras Spack preparaba sus cosas para emprender el viaje, Texas se trasladó a las oficinas del *sheriff*. Éste, que se había repuesto bastante del golpe, miró a Texas con cómico miedo y exclamó:

—Tiene usted derecho a calificarme de idiota de los pies a la coronilla. Me sentí demasiado humano con ese monstruo y no siento el golpe recibido, si no el perjuicio que les puedo ocasionar a ustedes.

—Ya no tiene remedio. Le creía capaz de muchas cosas, pero no de realizar una así cuando parecía imposible que pudiese revolverse. El diablo está de su lado y así hay que aceptarlo.

—Créanme que lo siento. Estaba muy orgulloso al saber que iba a poder ahorcarle.

—Confiemos en que a la tercera podamos acertar. Lamento el percance y espero que no sea nada grave.

—No, no lo es; debía haberlo sido por idiota. Si el caso se repitiese, le juro que aunque le viese de verdad con los intestinos en la mano me reiría mucho y le ayudaría a tirar de ellos.

Texas se despidió de él regresando a la villa, donde ya Spack había preparado su equipaje para marchar.

Aquella noche, salieron de Boixe y durante el viaje, se turnaron en la vigilancia. Ya una vez habían sido sorprendidos por la audacia de Zenker y Texas no quería verse expuesto a una repetición.

Pero sin contratiempo alguno, cruzaron la divisoria de California y una mañana, abandonaban el ferrocarril para montar en una de las diligencias que atravesaban el territorio por aquella zona abrupta y desprovista de comunicaciones férreas.

Texas no había avisado su regreso. Prefería darles la sorpresa de su llegada con el millonario, aunque la alegría de Vera al estrecharle entre sus brazos se viese turbada por la noticia de que el sanguinario Zenker aún vivía y podía intentar nuevos golpes contra ellos.

Y así, una mañana penetraban en el rancho de Texas, donde tres mujeres angustiadas esperaban llenas de sobresalto, el momento de tenerles a su lado libres de toda preocupación y peligro, aunque éste continuaba cerniéndose sobre sus cabezas con más virulencia.

CAPÍTULO IX

EL MONSTRUO SE PREPARA

L encuentro entre el millonario y Vera fue algo patético que conmovió a todos y llenó de orgullo a Stella por lo que significaba como éxito para su prometido. Vera que más mejorada desde que supo noticias de su padre se levantaba ya del lecho, corrió vacilante a su encuentro y abrazándose a él convulsa, sollozó:

—¡Padre!

—¡Hija mía! ¡Por fin! ¡Te estoy abrazando y creo que lo hago por primera vez en mi vida! ¡Eres para mí un muerto resucitado cuando ya no lo esperaba!

—Así es, padre… y todo se lo debemos al hombre más bueno del mundo; al que tratamos de combatir fieramente y que ha sabido pagarnos bien por mal.

Texas intervino para decir:

—Basta de recuerdos retrospectivos, Vera, mi lealtad me obliga a declarar que fue usted la primera en salvar mi vida cuando la tenía a su merced.

—Quizá, pero antes usted se había portado noblemente conmigo cuando me tuvo presa en el rancho de su amigo… Nada le impedía entonces cobrarse los ataques recibidos.

Stella a su vez intervino para advertir:

—No insistas, Vera, la cuestión es una, que todos estamos reunidos de nuevo y esta vez bajo el signo de la más completa lealtad. Lo pasado, pasado. Todos sufrimos quebrantos por ello y estamos compensados con el resultado final.

—Tienes razón Stella y sólo espero que mi padre tan convencido como yo de que hemos obrado mal y de que debemos eterno agradecimiento a tu prometido, renuncie a esta lucha estúpida y jure como yo estar siempre al lado del bien y de la justicia.

—Hija mía, esa promesa se la hice a Texas el día que nos enfrentamos por última vez y lo he cumplido. No sólo renuncio a luchar con él, sino que le he rogado que acepte cuanto soy y cuanto tengo si lo necesita para proseguir la lucha. Aún no ha concluido ésta, hija mía. Durante un momento, creímos haberla puesto fin entregando en manos de la justicia al monstruo que inspiró nuestros actos y arruinó moralmente nuestras vidas, pero la fatalidad hizo que se fugara cuando ya tenía la soga al cuello. Yo le conozco bien y sé que ahora más que nunca usará de todo su poder para vengarse de lo que él considerará una traición y que nuestras vidas estarán en constante peligro, pero así como Dios ha estado hasta ahora del lado de quien luchaba por el bien, confío en que de aquí en adelante nos proteja a todos y por fin logremos salir victoriosos.

Vera, angustiada, le hizo sentar a su lado pidiendo ansiosamente detalles de lo ocurrido en ausencia de Texas y el millonario modestamente, quiso que fuese el propio Jim quien hiciese el relato.

Cuando el osado aventurero dio fin a él, las muchachas tenían los ojos llenos de lágrimas de angustia y un estremecimiento de pavor agitaba sus cuerpos. El relato macabro de la muerte de la infeliz muchacha del bar y la audacia y sangre fría de Zenker para llevar adelante su trágica comedia, les horrorizó.

—Esto da la medida de lo que es capaz ese reptil —dijo angustiada Daphne, abrazando amorosamente a su hijo—. Jamás me consolaré que este dulce retoño lleve en sus venas sangre de ese malvado.

—Procuraremos que jamás lo sepa —dijo Stella—. Algún día encontrará usted un hombre bueno y leal que sepa amarla como merece y vea en él un verdadero hijo.

—¡Oh, no! —afirmó ella suspirando—. El amor me está ya

vedado para toda la vida. Con salvar a mi hijo me daré por satisfecha.

—¡Bah! Nada se puede asegurar en la vida —afirmó Stella— no me las doy de pitonisa, pero abrigo la certeza de que mi profecía se verá cumplida.

Pasados los primeros momentos de exaltación febril, y calmados los nervios, la alegría se adueñó de los espíritus. La vida en el rancho sana, agradable, amable, amenizada por la hidalguía y generosidad de Texas, parecía más grata a todos y los odios, los rencores, los recelos y el miedo, habían huido de sus almas como aventados por un huracán milagroso.

Vera en un esfuerzo de voluntad suprema, había sabido matar el amor imposible que sintiera por Jim. Ya no odiaba a su prima por la suerte que el destino le había deparado al ser elegida por él para compañera de su vida y la alegría de tener a su padre a su lado sano y salvo, había contribuido a disipar la melancolía que le había embargado. /

Texas se entregaba al amor con toda intensidad y trataba con Stella todo lo concerniente a la boda. Habían decidido no demorar más esta, desdeñando las posibles reacciones de su brutal enemigo, al que cada día temía menos por considerarle más aislado y acorralado.

Ahora, al ser alcanzado de lleno por la Ley, su campo de acción se vería más limitado. Ya no podía ser Oliverio Zenker y tendría que ocultar su personalidad en lo más profundo de su negra alma. Su intervención en los negocios fabulosos en que tenía parte, quedaría paralizada e intervenida por la Ley y a menos que contase con reservas ocultas, el dinero se le iría acabando y no contaría con lo suficiente para manejar las cuadrillas de indeseables que le ayudaban. Por su parte Daphne, entregada al amor de su hijo, había encontrado un valioso colaborador en Nino. Este desde el primer momento, se sintió atraído por la belleza de la joven y por la simpatía del niño y era quien se cuidaba de montarle a caballo paseándole por la hacienda y el que en unión de la madre pasaba muchas horas del día distrayendo su melancolía con sus dichos pintorescos, que poseían la virtud de hacer florecer en los exangües labios de la joven una sonrisa de dulce alegría.

Stella perspicaz, no dejaba de observar la atracción que Daphne

sentía por el mejicano y de la complacencia con que este se desvivía por serla útil y obligarla a sonreír y un día abordó a Jim diciendo:

—¿Que te parecería una nueva boda entre ese cafre con corazón de Nino, de tu perro fiel y Daphne?

—¡Oh! Pues… no sé… si crees que se pueden entender un elefante y una mariposa, harían una pareja digna de ser exhibida por el mundo.

—No te burles, que hablo en serio.

—Y yo también. No trato de echar por tierra a Nino. Le conozco como me conozco yo y sé que es un niño con un corazón que no le cabe en la armadura, pero no te hagas muchas ilusiones. Nino se enamora de unas faldas colgadas en un espantapájaros.

—Sí, pero esta vez da la casualidad, que esas faldas están colgadas de un cuerpo muy grácil y les acompaña un rostro muy lindo y me parece que Nino ha picado un anzuelo del que no se escapa.

—Bueno, pero ¿y ella?

—No lo sé, pero te habrás fijado que es la única persona que le hace sonreír. Eso es un tanto. Si a ello unes que a Nino le gusta el chiquillo y que se desvive por él, me parece que lleva así todos los triunfos en su mano.

—Bien, pues deja que la semilla florezca. Si así es, ya nos ocuparemos de proporcionarles algo que les asegure el porvenir. Nino se lo ha ganado por perro fiel a mi lado y si ella posee la virtud de cortarle la espita del *whisky*, acaso le nombre capataz general de mi hacienda, o les entregue una parcela de tierra con un pequeño rancho y una punta de ganado. Quizá esto sea lo mejor para obligarle a trabaja y que pierda peso. Tendré que acostumbrarle a que deje colgado el revólver de la pared algunos ratos.

—Creo que será lo mejor, Jim. Esto colmaría mi dicha y haría de Daphne otra mujer.

—Sí, lo malo es, que no encuentro la misma solución para tu prima. Preferiría que fuese ella la que se hubiese dejado prender en las redes de algún hombre. Quedaría más tranquilo sobre su porvenir y sobre su tranquilidad.

—Quizá un día encuentre el que verdaderamente le haga feliz. Soy muy optimista y creo que así como yo he logrado hallar el ideal

de mi vida, todas podrán conseguirlo.

Después de estos breves diálogos, continuaron ocupándose de los preparativos de la boda. Spack se había ofrecido a ser el padrino, pero antes había requerido a Texas para hacer una liquidación honrada de las cuentas de su sobrina y devolver a esta el último centavo que le pertenecía.

El millonario que al principio estaba encantado con que el mundo creyese que había muerto en aquel imaginario accidente de Texas, ahora sentía angustia por su situación equívoca, pues era un vivo sin condición legal en el mundo, pero Jim después de estudiarlo encontró una solución.

—Lo arreglaremos muy bien —dijo—. Fingiremos que se ausentó usted de Norte América por aquella fecha y que marchó a Europa de donde acaba de regresar.

Mientras se confeccionaban las ropas para Stella y Jim y se reunía la documentación necesaria para el enlace, Texas escribió una larguísima carta a su amigo el secretario de Estado, dándole cuenta de todos los acontecimientos sucedidos desde que recibiera las anteriores noticias de él y al tiempo, le informó de su deseo de resucitar legalmente al millonario Snock le contestó congratulándose del éxito. Con la atracción a su bando de Spack, se terminaban sus inquietudes por la serie de negocios contra el Estado que tanto le habían preocupado y con la carta, le adjuntó dos diarios de Washington en los que se publicaban dos noticias relacionadas entre sí:

Una de ella decía:

UN REGRESO SORPRENDENTE

En el transatlántico «Oregón», han llegado a San Francisco de California varios ilustres viajeros, entre los que se encuentran el conocido hombre de negocios Claudio Spack y su bellísima hija Vera.

»La llegada de tan destacadas personalidades ha causado honda sorpresa, pues ignoramos por qué error de información, se publicaron las noticias de que el señor Spack había muerto en un accidente en Texas y su hija en otro en Carson City.

»Lo cierto fue que ambos decidieron inopinadamente realizar un crucero de placer por Europa y esta ausencia sin previo aviso, hizo volar la fantasía, dando al mundo la noticia de su trágica muerte, para así justificar su ausencia.

»Celebramos que tan dolorosas noticias no se hayan confirmado y damos la bienvenida a tan ilustres viajeros.

»Éstos completan sus vacaciones en este momento, figurando como huéspedes de honor en el rancho del conocido capitán Jim Texas, y según nuestras fidedignas noticias, el señor Spack se detendrá en la hacienda una temporada, para apadrinar la boda del capitán Texas con una bella sobrina del acaudalado financiero. Más tarde, éste regresará a Washington a reanudar sus actividades bursátiles».

La otra noticia publicada en distinto diario, decía textualmente:

10 000 DÓLARES DE PREMIO

»La policía federal ofrece 10 000 dólares como premio, a quien proceda a detener o facilite alguna pista que haga posible la detención de Oliverio Zenker, acusado de asesinato en Carson City.

»Dicho individuo, con fines tenebrosos, asesinó a una infeliz muchacha que prestaba sus servicios en un cabaret de la localidad y más tarde, después de detenido, se fugó de las oficinas del sheriff, atacando a éste por sorpresa y robándole las armas y el caballo.

»Los informes pueden facilitarse a toda la policía y a los sheriffs y sus comisarios y el premio será entregado por el jefe Superior de Policía de Washington, tan pronto, como se haya verificado la captura de tan indeseable elemento».

En, contraste con esta noticia, fue publicado otra en todos los periódicos de California. En ella se anunciaba el próximo enlace de Jim Texas con Stella.

* * *

La noticia, publicada con quince días de antelación, fue leída con interés en toda California. Texas gozaba de una enorme popularidad en todo el Estado y mucha gente se consideraba de antemano invitada al enlace.

El anuncio se dio a conocer, como era lógico, en los periódicos de Sacramento y entre los muchos habitantes del poblado que la leyeron, figuraba un viajero que se hospedaba en el Hotel Nevada, desde hacía bastantes días, y que a juzgar por su aspecto parecía un misionero.

Dicho viajero, que había dado por nombre el de Joe Smith, vestía severamente de negro, tocaba su cabeza rapada con un sombrero también negro, aplastado y de amplias alas, y siempre caminaba con la cabeza baja y las manos entrelazadas, como si se dedicase a la oración perpetua.

Pero aquel disfraz no ocultaba un redentor de almas, sino la odiosa figura de Oliverio Zenker, quien tras una fuga accidentada cuando ya se veía colgado de una rama, había decidido esconderse en una población tan populosa como Sacramento.

Allí no sólo podía pasar más desapercibido, sino que se encontraba no muy lejos del lugar donde moraba su implacable enemigo.

Zenker no renunciaba ni mucho menos a vengarse cumplidamente de Texas y de Spack, sino que estaba dispuesto a jugárselo todo a una carta decisiva con tal de poder llevar adelante sus siniestros proyectos.

El osado ex secretario rechinó los dientes con ira al leer la noticia y estrujando el periódico nerviosamente, murmuró:

—Bien, veremos si consigues gozar de esa felicidad con que tanto sueñas. Yo aún no he muerto y tengo que darte mucha guerra.

Al día siguiente tomó el tren y se dirigió al lugar donde debía celebrarse la ceremonia. Quería estudiarlos sobre el terreno para sí se le ocurría algo diabólico, asentar los cimientos en base segura.

La iglesia, fuera del poblado, había sido levantada al borde de un terreno abrupto y rocoso.

Él lugar era pintoresco y selvático a la par y se prestaba a ocultar entre sus riscos y vericuetos a quien tuviese interés en no ser visto.

Zenker paseó con un libro de oraciones en la mano por la

hosquedad del lugar y hasta penetró en la vetusta iglesia que no ofrecía nada de particular y cuando tuvo bien estudiado el terreno, volvió a montar en el tren para dirigirse a Sacramento.

Su fértil imaginación acababa de idear un plan audaz y peligroso, qué podía tener algunos fallos, pero si podía solventar éstos, la sorpresa que iba a dar a su enemigo sería terrible.

Ya en Sacramento, telegrafió a Jack para que se reuniese con él. Estaba gastando bastante dinero en mantener reunida la cuadrilla del sanguinario pistolero que le había servido con acierto y le necesitaba como nunca le había necesitado.

Jack acudió a la llamada un poco escamado. No ignoraba la situación de su jefe y temía que si él era detenido rechazase en la cuadrilla el peligro.

Pero Zenker, sonriente, le advirtió:

—No te preocupes. Aún vamos a dar mucha guerra. Te necesito y espero que esta vez me secundes con acierto. Si lo haces así, nuestro peligroso enemigo va a sufrir un golpe de muerte.

Zenker se pasó una hora encerrado con él en su habitación, desarrollando teóricamente el inverosímil plan que había concebido.

Unos días más tarde, un gran carretón cargado de madera se detuvo en Newville, casi junto a la iglesia, y de él fue descargado un buen cargamento de tablones, que quedaron amontonados junto a la pared rocosa.

Después de señalado el lugar, varios obreros que portaba el carro empezaron a trabajar ardorosamente.

Los tablones fueron elevándose hasta formar las cuatro fachadas de la barraca que mediría aproximadamente unos cinco metros de fondo, pero el hueco interior fue dividido por un grueso tabique de madera más ancha, en cuyo centro quedó el hueco para una pequeña puerta.

Cuando el barracón quedó cubierto de techo, otra carreta porteó diversos materiales, entre ellos un tupido almohadillado de varios centímetros de grueso, que fue clavado cuidadosamente en la pequeña estancia que formaba la parte posterior.

Luego, el almohadillado fue recubierto con una tela floreada que lo ocultó a la vista de cualquier visitante y a un lado, se instaló, un bonito tocador con espejo y útiles de aseo.

La parte anterior de la barraca, fue también adornada con tela y por último, en el centro se instaló una enorme máquina fotográfica, montada sobre un trípode y con un gran paño negro para aislar de luz al fotógrafo y evitar que las placas pudiesen velarse.

Varios bancos adosados a las paredes completaron el barracón fotográfico y más tarde, se dio una mano de pintura roja a las tablas, colocando sobre la puerta un gran rótulo que decía:

FOTOGRAFÍA

Todos estos preparativos consumieron bastantes días, pues al parecer el dueño no tenía prisa en empezar a funcionar y quería realizar la instalación meticulosamente.

La voz se corrió por el pueblo y muchos curiosos acudieron a contemplar el barracón, preguntándose qué gran negocio podía hacer aquel fotógrafo despistado, en un pueblo que contaba con un centenar de vecinos.

Por fin, dos días antes de la fecha anunciada para la boda de Texas con Stella, el barracón estuvo en condiciones de funcionar y en el poblado aparecieron por las paredes unos anuncios, ofreciendo magníficas fotografías al precio de dos dólares la media docena.

Algunos elementos destacados acudieron a posar el día de la apertura y el fotógrafo, un tipo alto y barbudo, muy locuaz y nervioso, les recibió con grandes reverencias. Les mareó durante muchos minutos buscando las posturas más favorables y se escondió muchas veces debajo del negro paño, hasta que dio por concluida la operación, asegurando que las copias serían entregadas media docena de días después, pues era un fotógrafo de conciencia y trabajaba despacio, pero bien.

La gente desfilaba por el barracón, admiraba las cartulinas rojizas que se exhibían como muestra clavadas en la madera de la puerta y algunos se decidían a penetrar en el interior.

La víspera de la boda, hubo una animación inusitada en el poblado. Algunos peones del rancho de Texas habían acudido con órdenes precisas para el adorno de la vetusta capilla y pronto empezaron a llegar calesines portando flores, una larga alfombra

que sería colocada hasta la puerta, para que no se manchase el bellísimo traje de la novia y al tiempo, se visitaron las tabernas del poblado para advertir a los dueños que al siguiente día debían servir bebidas a todo el que las solicitase, corriendo el gasto por cuenta del rumboso novio.

Nino, que había asumido las funciones de mayordomo mayor, acudió al frente de los peones, vestido de manera detonante y al descubrir el barracón, exclamó:

—¡Repinto! Esto es formidable o así. Manito Texas y manita Stella podrán hacerse una linda fotografía cogiditos del brazo y con los ojos aborregados mirándose como si se fuesen a derretir.

Luego sintió envidia al pensar en ello y, decidido, penetró en el barracón, pidiendo que le retratasen.

—Bueno, manito —dijo— a ver qué estampa me sacan o así, que hay una rechula allá arriba que me tiene sorbido el seso y quiero darle una con un marco que parezca un espejo de lindo.

CAPÍTULO ÚLTIMO

La hecatombe



OS habitantes de Newville, regocijados por la promesa de lo que el siguiente día iba a representar para ellos debido a la famosa boda de Texas, se retiraron temprano a sus lechos a descansar. Les esperaban horas de alegría, dinamismo y velada y debían estar preparados físicamente para soportarlas.

Debido a esto, a medianoche habíanse cerrado hasta las tabernas y así nadie se hallaba en condiciones de vigilar las afueras del poblado, donde entre las sombras de la noche estaban desarrollándose, en medio del más absoluto sigilo, escenas que no tardando mucho debían tener una trascendencia trágica.



Rodeando terreno para no ser notada su llegada, arribaron dos calesines tirados por briosos caballos, pero en lugar de penetrar por el camino vecinal, lo hicieron a través de las trochas, buscando un terreno fácil para su posible rodaje.

Uno de ellos, quedó medio camuflado por alto ramaje a la izquierda de la iglesia, con dirección Sur y el otro, fue alojado bastante más escondido en una especie de vaguada que se adentraba por el terreno montañoso que se prolongaba hasta el Oeste.

Ocho individuos de aspecto feroz y decidido, luciendo a la cintura doble juego de revólveres pendientes de cintos canana atestados de proyectiles, buscaron acomodo entre las grietas del terreno para no ser vistos fácilmente y el fotógrafo se pasó un buen rato metido en el pequeño tocador contiguo a la sala de retratar, repasando unas pequeñas esponjas, unos frasquitos que debían contener un tesoro a juzgar por las miradas amorosas que le lanzaba y todo lo que constituía el exiguo menaje.

Cuando se hallaba en este repaso, la puerta trasera que daba a las cortadas, se abrió y la silueta de Zenker, disfrazado con su equívoco traje de misionero, penetró en el tocador.

—¿Todo en orden, Jack?

—No falta un solo detalle.

Zenker se inclinó y levantando la floreada tela que cubría la mesa que oficiaba de tocador, penetró en el hueco, dejándola caer. La tela rozó el piso de tablas y nadie, de no saberlo, hubiese dicho

que allí se ocultaba nadie.

—Está bien, Jack; si la cosa sale a mi gusto, te vas a ganar un buen puñado de billetes, pero si falla en algo… lo más seguro es que tanto tú como yo nos ganemos un buen montón de onzas de plomo en el cuerpo.

—De eso ya hablaríamos.

—Bien, Jack. Nada tengo que reprocharte. Eres un hombre maravilloso. Voy a buscar un rincón donde dormir hasta que salga el sol. Después…



Apenas el sol había empezado a apuntar por el horizonte, cuando ya se acusó el nerviosismo y la animación en el poblado.

Infinidad de calesines y galeras atestadas de familias de rancheros y granjeros de muchas millas alrededor a la posesión de Texas, acudían a la fiesta vistosamente ataviadas; caballos caprichosamente enjaezados soportaban sobre las sillas vaqueros y rancheros vistiendo los vistosos y llamativos atuendos de sus día de gran gala y carruajes y caballos, se confundían en la senda, desparramándose por la orilla derecha, rodeando el pueblo, pues el lado contrario, debido a lo escabroso del terreno, no parecía brindar espacio para albergarlos.

Como aún era temprano, los jinetes penetraban en el pueblo visitando las tabernas, donde todo eran risas y comentarios al inusitado suceso y un ansia no dominada animaba a todos, deseando ver aparecer el calesín de los novios.

Poco más tarde, empezaron a afluir los peones y personal de la hacienda de Texas. Era una pintoresca caravana de carruajes y jinetes, todos portando ramos de flores silvestres recogidas la noche anterior para cubrir el sendero y el paso hasta el altar cuando avanzasen los recién casados.

La vetusta y pequeña iglesia aparecía bellamente adornada con guirnaldas de flores y ramaje. Farolillos multicolores habían sido encendidos para prestar un aspecto más detonante al acto y la alfombra de rico trenzado mejicano cubría desde el mismo altar hasta el lugar donde debía detenerse el calesín.

Por fin, un jinete llegó anunciando a gritos que la comitiva

nupcial estaba llegando al poblado y todos los invitados, formando una compacta masa humana, se agruparon en la espaciosa glorieta que se abría frente a la iglesia, formando calle para dejarles pasar.

Entre una nube de polvo y precedidos por una docena de gallardos jinetes que oficiaban a modo de batidores, avanzaban dos calesines tirados por magníficos caballos lindamente enjaezados. En el primer, aparecían Texas y Stella y en el segundo, seguían Vera, su padre y Daphne.

Nino, vistiendo el más bello atuendo mejicano que confeccionaran manos sabias en el vestir, aparecía sobre la silla de «Rayo» como un dios olímpico abriendo marcha y el mejicano lanzaba miradas incendiarias a las bellas muchachas que aplaudían al cortejo, como si reclamase para él toda la atención de sus miradas.

Entre aplausos delirantes y vivas a los novios, entró el carruaje en el descampado, yendo a detenerse en el pórtico de la iglesia, donde ya el cura que debía bendecir la unión, les esperaba emocionado en la puerta…

—Sed bienvenidos, hijos míos a la casa del Señor, donde éste bendecirá vuestra unión y derramará sobre vuestras cabezas toda su bondad y sus dones.

Stella, radiante de gozo, descendió del carruaje. Iba vestida con un soberbio traje de raso blanco, dotado de una larguísima y vaporosa cola que fue recogida por Vera y Daphne, y sobre la rubia mata de su pelo, que parecía un casco de oro, se destacaba el clásico ramo de azar, símbolo de su pureza.

Texas vestía un riquísimo traje de hacendado, todo él de terciopelo negro con botones de oro. Como detalle exótico, acaso por vez primera, no colgaba del cinto su temible *Colt*.

Tomando del brazo a su futura, penetró en la iglesia, dirigiéndose al altar, donde se celebró la ceremonia del enlace con toda pompa.

Daphne, toda emocionada, entonó una salve, cantada con voz dulce y bien timbrada, y el órgano, un poco vetusto y desafinado, le acompañó como el mediano organista pudo hacerlo a costa de grandes esfuerzos.

Al salir de la ceremonia, los vaqueros no acertaron a expresar su alegría más que disparando al aire sus impresionantes revólveres y

por varios minutos, más que una boda, aquello pareció una plaza sitiada, defendiéndose briosamente.

Por fin, renació un tanto la calma y cuando los recién casados avanzaban hacia el calesín, un tipo barbudo se adelantó, diciendo con fuerte acento tejano:

—¡Oh ilustre capitán! Mi más ferviente enhorabuena por la hermosa joven que acaba de ser su esposa, es linda como un amanecer en el campo, bella como una puesta de sol, alegre como el piar de los pájaros en Primavera, pero esa belleza excepcional no puede quedar perdida como un recuerdo de este grandioso acto. Ustedes deben conservar para sus tiernos hijos un recuerdo permanente de este hermoso momento y para ello, nada como hacerse unas preciosas fotografías en mi magnífico estudio. ¡Oh!, señor, soy un artista, usted lo ha de ver. Ustedes deben…

—Basta, amigo —repuso Texas, riendo—, para pedirnos que nos hagamos un retrato, no hace falta un discurso tan largo.

—Gracias, señor, yo soy un artista; ustedes han de verlo… Por aquí, síganme, háganme ese honor…

Apretujados por los invitados que anhelaban ver a los novios más de cerca, llegaron al barracón donde solamente penetraron los novios, Vera, su padre, Daphne y Nino.

El fotógrafo desviviéndose por serles gratos, ofreció asientos a los asistentes y luego, dirigiéndose a los novios empezó a. Estudiar las posturas que debían adoptar, pero todo compungido exclamó:

—¡Oh! Señora de Texas, esos bárbaros por admirarla como se merece, le han estropeado el tocado… vea que arrugas le hace aquí el vestido, y como se ha torcido un poco ese precioso ramo…

—Pasa, Stella, yo te ayudaré a arreglar esos «terribles destrozos» de tu atuendo. A lo mejor, este gran artista echa la culpa de que salgas mal a ello.

—¡Oh no, señora!, yo siempre trabajo bien, pero busco la manera de ser perfecto, pasen, hagan el favor.

Abrió la puerta indicando el pequeño tocador.

Entró el primero inclinándose para dar paso a las dos jóvenes, mientras Texas con Spack, Nino y Daphne, sonreían ante la verborrea del fotógrafo.

La puerta se cerró suavemente y las dos muchachas sin observar nada de particular, avanzaron dirigiéndose al tocador, cuyo espejo

reflejaba sus imágenes. El fotógrafo se quedó con la espalda pegada a la puerta y volviendo los brazos, corrió un seguro cerrojo sin que ellas se diesen cuenta y luego, levantando la tapa de una pequeña arca que había en un rincón junto a la puerta, extrajo algo que asió con mano nerviosa. En aquel momento, la puerta que daba a la espalda del barracón se abrió, surgiendo por el vano dos tipos innobles y por debajo del paño del tocador, surgía la repugnante silueta de Zenker empuñando como el fotógrafo algo en la mano.

Un olor desagradable se esparció por el pequeño recinto y todo fue tan simultáneo, tan estudiado y bien medido, que cuando las dos muchachas se dieron cuenta de ello y se volvieron asustadas, ya habían caído los cuatro sobre ellas aprisionándolas rudamente.

Las dos trataron de lanzar gritos de alarma y hasta consiguieron hacerse oír y luchar con denuedo, pero el sabio almohadillado de la cabina ahogó sus gritos y pronto fueron dos seres inanimados al recibir sobre sus rostros la asfixiante presión de las esponjas reciamente empapadas en cloroformo.

—¡Rápidos! No contamos más que con un tiempo muy limitado. Tú, Jack, carga con una y yo con otra y por la vaguada a nuestro escondite del calesín. Vosotros montar en el otro carruaje, seguir la trocha y a cincuenta metros ganáis la carretera. Tenéis cuatro caballos que son cuatro rayos; galopar cómo diablos para que si os siguen no os puedan dar alcance y donde estiméis más oportuno, os deshacéis del coche y huis.

Zenker y Jack, con toda la celeridad que sus fuerzas les permitían, corrieron como gamos con los cuerpos inanimados de las dos muchachas entre sus brazos y saltando por entre las piedras para borrar su paso, rodearon hasta salir a una fisura de esquisto por la que se deslizaron hasta alcanzar el calesín que se hallaba oculto a un buen número de yardas de allí.

Depositándolas en el interior, Jack subió al pescante empuñó las riendas y fustigó a los caballos por el tortuoso camino, hasta que a una buena distancia, enfocó otro más fácil que les llevaría hacia el Oeste. El otro carruaje con los ocho pistoleros que tomaron parte en la preparación del rapto, se deslizaron por la trocha hasta salir al camino común y ya en él, como una exhalación partieron hacia el Sur.

* * *

Entre tanto, Texas y sus compañeros aguardaban impacientes a que los desperfectos del tocado se corrigiesen y les iba ya pareciendo que el retoque se prolongaba de un modo nervioso.

Jim se reprimió y concedió algunos nuevos minutos al arreglo, pero el corazón le dijo que algo grave había sucedido y volviéndose pálido como un muerto, rugió:

—¡Nino, a mí; ayúdame a echar abajo esta maldita muralla!

Nino asustado al contemplar su rostro, también adivinó que algo trágico había sucedido y uniéndose a él, dejaron caer sus recias humanidades sobre la puerta. Esta resistió por dos veces la brutal presión, pero a la tercera, el cerrojo cedió, y la puerta se abrió con violencia, mostrándoles el interior de la cabina vacío y con signos de haberse desarrollado una rápida lucha.

Texas exasperado al comprender la horrible verdad, bramó:

—¡Maldición! Hemos caído en una hábil trampa. ¡Han raptado a Stella y a Vera!

Un alarido terrible de indignación brotó de todas las gargantas y docenas de *cowboys* saltaron por el talud desparramándose por él en busca de huellas. Pero Nino que se había adelantado, gritó de pronto al borde de una trocha:

—¡Manito… aquí… mira… hay huellas de ruedas!

—Síguelas Nino… Voy en busca de armas y un caballo.

Nino como una exhalación retornó en busca de su caballo y a todo galope, se unió a Texas que ya trotaba como un diablo por la cinta de la carretera, seguido de más de dos docenas de furiosos y valientes vaqueros.

Fué un galope fantástico que duró más de dos horas. El calesín arrastrado por cuatro briosos corceles, devoraba el terreno distanciándose del poblado para alcanzarle, se necesitaba que los perseguidores poseyesen una velocidad y una resistencia excepcionales.

Por fortuna, el caballo elegido por Texas era un ejemplar magnífico, así como el de Nino y aunque parte de los peones fueron quedando rezagados porque sus monturas no pudieron resistir aquel galope endemoniado, parte de ellos se mantenían bastante cerca del furioso aventurero.

Por fin, mediado el día, una nube de polvo les indicó que se acercaban al anhelado carruaje y Jim pidiendo al caballo un último esfuerzo consiguió despegarse aún más de sus compañeros.

Nino se mantuvo a su nivel y poco más tarde, se acercaban al carruaje.

Texas no se entretuvo en pedirles que se detuviesen. Levantó el revólver y disparó.

Pero un huracán de plomo fue la respuesta. Los ocho forajidos, dándose cuenta del peligro, contestaban briosamente tratando de detenerles.

Jim no fue alcanzado por milagro, pero sin hacer caso del peligro, continuó avanzando y disparando rabiosamente, secundado por los peones que le seguían. Texas temiendo alcanzar a las muchachas con los disparos, había dado orden de disparar bajo para alcanzar a los caballos y detener el carruaje. Si lo conseguían lo demás estaría logrado.

Por fin, uno de los caballos vaciló cayendo a tierra. Sus compañeros trataron de seguir avanzando arrastrándole, pero no lo consiguieron y el carruaje se detuvo en la cinta de la carretera en medio de la más salvaje alegría de Texas.

Pronto éste, seguido de Nino y los peones, avanzaron intrépidamente disparando cómo diablos y tratando de rodear el calesín y una pelea feroz se entabló entre perseguidos y perseguidores.

Los forajidos, gente dura y valiente, tumbados en el carruaje se defendían como tigres acosados. Se daban cuenta de que les habían asignado una misión trágica y la más alta rabia se había apoderado, de ellos, al saberse víctimas propiciatorias de aquel plan tan descabellado.

Pero poco a poco iban cayendo. El humo de la pólvora poblaba el ambiente y no permitía ver lo que sucedía en el carruaje, cosa que encendía la sangre de Texas, pues temía que en la terrible batalla las muchachas pudiesen sufrir las consecuencias de la lucha.

Por fin la defensa se fue haciendo más leve. Los forajidos iban cayendo no cesando de disparar hasta que sus fuerzas quedaban agotadas con el último aliento y los peones con Texas a la cabeza, consiguieron terminar de abatirles asaltando el carruaje.

Este ofrecía un cuadro impresionante. Los caídos amontonados

unos sobre otros, aparecían cubiertos de sangre. Algunos, aún respiraban ansiosamente revolcándose en las ansias de la muerte y Texas sin misericordia, les fue tomando uno a uno y arrojándoles al polvo de la carretera, pero cuando dejó vacío el calesín observó con rabia y asombro que no se encontraban las muchachas en él.

Con los ojos inyectados en sangre por la ira y la desesperación, se dirigió al que parecía menos grave y colocándole el cañón del revólver en la boca rugió:

—¡Habla o te deshago esa boca de sapo que tienes!… ¿Dónde están las muchachas?

—No lo sé… a nosotros… nos mandaron… galopar… con… el carruaje y… no sé más…

—¿Quién?

—Aquel… el que… parecía un misionero… y… Jack… el jefe…

—¿Dónde fueron ellos?, ¡pronto, por el Infierno!

—No sé… por las trochas… con las muchachas… no dijeron más…

Texas comprendió que decía la verdad. Ellos solo habían sido peones secundarios para despistarles en la búsqueda… La verdad trágica era muy otra y con el tiempo perdido, iba a ser muy difícil descubrirla.

Rabioso se dirigió a los peones diciendo:

—¡Rematar esa carroña y arrojarla a los buitres!… ¡Nino a galope… al poblado!… Me temo que sea demasiado tarde para conseguir nada, pero… ¡Por cuanto puedo querer en el mundo, juro no descansar hasta encontrarlas y descubrir a ese monstruo deshaciéndole como a un guiñapo entre mis manos!

A pesar del cansancio de los caballos, volvieron a emprender el trote regresando al poblado cuando ya la luz del atardecer iba envolviéndolo.

El cuadro que se ofreció a sus ojos fue impresionante. Las mujeres rezaban en la iglesia porque las muchachas fuesen rescatadas y regresasen sanas y salvas y los hombres reunidos en la glorieta, comentaban rabiosamente el suceso y no se explicaban como pudo haber sido preparado tan magistralmente.

Spack abatido, parecía un pelele sentado sobre un banco de junco a la pared de la barraca y Daphne, pálida y nerviosa, le atendía y no dejaba de clavar sus ojos en la cinta del camino

esperando ansiosa ver reaparecer a los perseguidores.

Cuando Texas y Nino, pálidos tensos, cubiertos de polvo y sangre entraron en el descampado, todos adivinaron que nada habían conseguido y el bravo aventurero sobreponiéndose a su dolor, gritó:

—Fué un truco para burlar la persecución. El carruaje solo porteaba media docena de forajidos que han pagado con la vida su ayuda. La verdad es que se las llevaron por un camino distinto que hay que encontrar.

Al oírle, todos se lanzaron ansiosamente hacia los taludes requisándoles con furia, para aprovechar la poca luz existente, pero al cerrar la noche, tuvieron que desistir desanimados de la búsqueda. Zenker había sabido hacer las cosas muy bien y su rastro era muy difícil de localizar a aquellas alturas.

FIN



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».